

Selección TERROR

Frank Caudett

TE PARECES TANTO


SELECCION
TERROR

FRANK CAUDETT

TE PARECES TANTO…

Colección SELECCION TERROR n.° 568 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84—02 02506—4 Depósito legal: B. 40.286—1983

Impreso en Espada — Printed in Spain

1.a edición en España: enero, 1984

1.a edición en América: julio,1984

A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España) Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, & A. Parets del Vallés (N152, Km 21,650) Barcelona 1984

INTRODUCCION

—¡Papá…! ¿Me oyes? ¡PAPA! Sé que puedes oírme… ¡PAPA! ¡Contéstame! ¡Sé que me estás oyendo!

Charlotte Renaud se despertó, sobresaltada.

Incorporándose en la cama con una extraña sensación de agobio en la garganta, algo así como si el aire no llegase a los pulmones, presión en el tórax y una nube oscura y densa, tormentosa, envolviendo la caja de sus pensamientos.

Totalmente confusa estaba Charlotte.

—¡PAPA…!

Se estremeció ahora, lo mismo que si fuera una hoja indefensa sola en lo alto de un árbol y batida por un viento monstruoso e irracional, al reconocer la voz de Geraldine.

Geraldine Renaud. Su hermana gemela.

Que con registro crispado y desesperación en el acento estaba llamando a su… padre.

A Marcel Renaud… que había muerto y fuera enterrado hacia seis meses.

—¡PAPA…! ¡Respóndeme, maldita sea! ¡Estoy segura de que puedes oírme! ¡PAPA! ¿Qué pretendes con tu silencio? ¿Castigarme? ¿Torturarme? ¡Que Satán te confunda para siempre en las tinieblas del más allá si es eso lo que pretendes! Papá… ¿es que no puedes comprender que he tenido que esperar hasta ahora para sacarte, para liberar tu cuerpo pútrido? De haberlo hecho antes podía haber despertado sospechas. Mi actitud podría haber sembrado… Lo entiendes, ¿verdad?

Charlotte Renaud, con la oreja al tabique que distanciaba su habitación de la de Geraldine tuvo la sensación de que el estómago le subía hasta la boca. Fue una arcada brutal a la que siguió una imperiosa necesidad de vómito. …¿para sacarte, para liberar tu cuerpo pútrido?

Charlotte se clavó, con desesperación infrahumana las uñas en el rostro con el ansia febril de encontrarse con la realidad y abandonar aquel pasadizo de vivencias dantescas, aquel corredor infame por el que reverberaban los ecos de una voz irreal pronunciando monstruosidades.

Se clavó las uñas, sí, para salir de aquel sueño infernal que estaba trastornando el equilibrio de su mente.

Al tiempo que hacía un nuevo esfuerzo por dominar aquellos accesos que la

empujaban al vómito.

Silencio.

Su oído ahora, a través del tabique, frágil tabique que separaba las habitaciones de las gemelas Renaud, sólo captaba silencio.

Un gran silencio.

Un enorme silencio.

Y de pronto, rasgando la virginidad de su trompa de Eustaquio, un estallido que la rompía, que la destrozaba:

—¡¡PAPAAAAAA! ¡CONTESTAME! ¡NO ME CASTIGUES DE ESA MANERA!

Era Geraldine, sí. No cabía la menor duda.

Sin embargo, su voz sonaba extraña, quebrada. Como si no fuera la de ella. Lo mismo que si se la insuflara en la garganta un poder de ultratumba, un impulso tan rasgado y patético como demoníaco.

—¡¡CONTESTAMEEEEEE!!

Un nuevo silencio. Y…

Charlotte, que seguía temblando, que temblaba ahora como jamás recordaba haberlo hecho en su vida, había incrustado el pabellón auditivo de tal forma en la pared, con tal fuerza, que temía incluso derribar el muro con su vehemencia por poder captar cualquier ruido, el menor, que se produjese en la otra estancia.

Por eso pudo oírlo.

Primero fue como un crujido.

El crujido, imaginó, que podían producir unos ropajes acribillados por la polilla, en el momento que una mano tratara de retirarlos de la percha.

Crujirían primero y después habrían de convertirse en cenizas, en polvo.

Y lo mismo podía suceder con las ropas de… de un muerto después de permanecer seis meses dentro de un ataúd y éste en el interior de una fosa.

Fue como un crujido… sí.

Charlotte tuvo que realizar el mayor esfuerzo de su vida al tiempo que se llevaba ambas manos a los labios y apretaba fuertemente, adentro, fuertemente… para comprimir allí, ahogar, abortar aquel estertor que le quemaba las cuerdas vocales, le hacía arder la garganta y hubiera acabado saliendo al aire como un grito infrahumano, lleno de matices horrísonos, para expresarle al ámbito el inmenso terror que albergaba el cuerpo hermoso y pletórico de Charlotte Renaud.

Pudo contener aquel grito bestial que a lo mejor, habría roto aquel cielo de diabólicas alucinaciones permitiendo regresar el fulgor estrellado, sano, de la realidad.

Primero había sido como un crujido, sí.

—¡¡PAPAAAA!! —se despertó, con alegría ahora Geraldine Renaud, animada sin duda por la elocuencia de aquel crujido, por lo que para ella preconizaba.

—¿Me oyes…? ¿Verdad que me oyes, papá?

Lo que llegó en aquel momento hasta el oído que Charlotte Renaud mantenía empotrado en el tabique… fue sencillamente espeluznante.

Creyó ella que la sangre que vivificaba su cuerpo acababa de helársele en las venas y la dejaba convertida para el resto de la eternidad en un inanimado iceberg. ¿Inanimado…?

No.

No. ¡Porque Charlotte sentía su corazón galopar más desbocado, más enloquecido que nunca! ¡Lo sentía cabalgar por el hipódromo de la locura estrellando contra su pecho unos aldabonazos de terror, paroxísticos, que amenazaban con destrozar aquellos bloques de hielo en que se habían convertido su carnes!

Sentía, sí. Pero por fuera estaba helada.

Sentía, captaba…

Por eso pudo oírlo otra vez. Nítidamente.

Aquello… el sonido sencillamente espeluznante.

Era una extraña mescolanza de distintas onomatopeyas. La del león herido quizá, el silbar de la serpiente, el graznido de un cuervo, el aullido del lobo.

La respuesta del muerto, ¿…?

—¡Papá…! ¿Qué pretendes decirme?

Charlotte pudo escapar finalmente al polígono glacial que la inmovilizaba saliendo de su habitación con rapidez, pero procurando no efectuar el menor siseo.

Tenía que comprobarlo. Que saberlo.

Si era verdad o si se estaba volviendo rematadamente loca.

La puerta del cuarto de Geraldine.

Allí… Allí estaba sucediendo todo.

«¿Y qué es… todo?», se preguntó Charlotte sintiendo que un escalofrío la

hacía zozobrar de pies a cabeza.

Se agachó muy despacio, lenta, meticulosamente, hasta que su ojo derecho quedó en línea recta con la cerradura.

Para atisbar hacia dentro y saber de una vez por todas qué estaba ocurriendo allí, para descubrir que era… todo.

Por el rabillo del globo ocular que había quedado fuera del enfoque de la cerradura captó Charlotte la rendija que la puerta, levemente entreabierta, dejaba entre ella y el quicio.

Sí… Geraldine tenía la costumbre de no cerrar la puerta del todo.

Se alzó, dispuesta a servirse de aquel improvisado mirador en que se convertía la rendija, el cual le proporcionaría un mayor campo de acción visual, por supuesto, que el ojo de la cerradura.

Se pegó al umbral, conteniendo la respiración.

Vio a Geraldine, su hermana gemela, tan igual a ella si se exceptuaba el color de los cabellos y pupilas… Vio a Geraldine, sí, envuelta en aquel transparente camisón blanco, largo, vaporoso, que estrellaba al ámbito el recorte pérfido y lujurioso de sus abundantes encantos, que ofrecía casi al desnudo en la transparencia, la pujanza erótica, febril, de sus pechos esculturales.

Tenía ambas manos alzadas. ¿Al cielo… al infierno?

—Papá…, inténtalo. Emite sonidos que yo pueda entender.

Y de nuevo aquello, aquel ruido que era sencillamente espeluznante.

Charlotte, con ambos ojos dilatados, al borde de las órbitas, rodando por encima de ellas como las ruedas de un tren enloquecido cuya máquina no obedeciera al sistema de frenado… Charlotte buscó, con terror anticipado, el lugar de donde procedía aquel graznido espectral, enloquecedor.

Estaba en el suelo.

El ataúd estaba en el suelo, al otro lado de la cama.

Charlotte tuvo de nuevo que apretar sus manos contra la boca para ahogar un segundo, bestial grito de horror, que pugnaba desesperadamente por escapar de su garganta.

EL ATAUD ESTABA EN EL SUELO…

Al otro lado de la cama, por lo que Charlotte sólo obtenía una visión parcial del mismo.

Con los dedos apretando sus labios hasta hacerlos sangrar para mantenerlos silenciosos vio… vio como Geraldine Renaud, ceremoniosa cual diabólica sacerdotisa se inclinaba hacia el interior del ataúd, murmurando con ronco

matiz:

—Papa…, inténtalo. Emite sonidos que yo pueda entender. ¡PAPA, POR FAVOR!

Un silencio.

Durante su devenir Charlotte, enloquecida, sintiendo arder su cerebro en la hoguera de la alienación, siguió con ojos desenfocados ya por lo enormes que casi desvirtuaban la imagen agrandándola hacia las fronteras de la enajenación paroxística, siguió contemplando… la reverencia diabólica, el culto infernal, la pleitesía demoníaca con que Geraldine parecía estar adorando el ataúd y su vesánico contenido.

Pudo ver con sus pupilas deformes la expresión satánica que crispaba todas y cada una de las bellas facciones de su hermana Geraldine…, bellas facciones que ahora se habían convertido en un muñón de maldad y horror.

—¡PAPA…!

Silencio.

Y de pronto, súbitamente, desde el interior del féretro emergió un alucinante:

—Queeeeeeeee… —la «e» se repetía, vibraba una y otra vez, cual auténtico eco de ultratumba.

La crispación que apretaba el rostro maligno de Geraldine Renaud pareció explotar ahora —como sucedía en las viñetas de las publicaciones cómicas cuando alguien arreaba un martillazo a la cabeza de uno de los protagonistas— y cada fragmento reflejó una misma expresión satisfecha bajo la iluminación espectral de unas fuentes de luz que parecían nacer en las profundidades del mismo infierno.

La escena que Charlotte captaba desde la abertura que la puerta permitía en su espacio vado con la jamba, era fantasmagórica, dantesca.

Para caer de por siempre en las simas de la locura.

—¡Lo sabía, lo sabía, papá! —Geraldine, reverberando en sus pupilas desorbitadas un resplandor netamente diabólico, danzaba en torno al ataúd, saltaba lo mismo que un gnomo maléfico—. ¡Lo sabía! ¡Sabía que me estabas oyendo! Y… ¿sabes por qué te he librado de tu reducto de sempiternas tinieblas?

—Síiiiiiiii…

—¡Claro, claro que lo sabes! ¡Porque… porque buscaré alguien que se parezca tanto a ti que sea como tú mismo! Entonces le cortaré la cabeza para convertirlo en tu… ¡y pasarás a ocupar un sitio de privilegio en nuestro museo, papá! ¿Verdad que lo estabas deseando? ¿Verdad que sí, papá?

—Síiiiiiiii…

Charlotte, ahora, se llevó ambas manos a los oídos.

Y entonces, gritó.

Gritó brutalmente.

Infrahumanamente.

Fue algo más que un grito.

Que un alarido.

Fue la quintaesencia del terror elevada a una potencia que ni las matemáticas podían evaluar en su justa cantidad, dimensión y estridencia. Fue algo que no tenía cociente numérico.

Espectral, sí.

Y seguía bramando mientras se arañaba como una posesa.

La puerta del cuarto dejó ahora de brindarle una rendija indiscreta porque se abrió de par en par.

—¡Charlotte…! ¿Qué haces aquí? ¡Vuelve a la cama, estúpida!

El rostro de Geraldine Renaud estaba lleno de luces diabólicas y oprimido en un rictus satánico.

—¡Vuelve a la cama, pequeña imbécil!

Charlotte en este momento parecía haber perdido el sentido del equilibrio, de la razón, de la lógica. Miraba embobada a su hermana con los labios entreabiertos y trémulo el inferior.

Sus enormes ojazos verdes estaban ahora quietos, fijos, detenidos en mitad de las órbitas como si ella acabara de convertirse en una gigantesca y absurda lechuza.

Geraldine la abofeteó haciéndola regresar.

—¡A la cama he dicho, estúpida!

Charlotte Renaud vio por encima del hombro de su hermana cómo algo se venía hacia arriba, se erguía desde el interior del ataúd, se alzaba poco a poco al tiempo que una voz de cuyo matiz colgaban tupidas e invisibles telarañas, un registro quebrado que caía desde las cumbres horrísonas del más allá, preguntaba:

—¿No te ha dicho tu hermana que te vayas a la cama…?

Geraldine giró bruscamente, estallando:

—¡PAPA… PAPA! ¿VUELVES DEL TODO POR FIN?

—…del todo por fin?

Charlotte Renaud tuvo la vertiginosa sensación de que acababa de abandonar para siempre el reducto de la lucidez para integrarse definitivamente en los entornos de la locura.

—¡¡¡ NOOOOOOOOOOOOOOOOOO!!! —aulló, contagiando el ámbito de algo que, más que un eco, parecía una blasfemia. …aquel algo seguía alzándose y Charlotte podía captarlo ahora con sin igual nitidez.

Podía verlo sin que el menor asombro se produjera en su expresión ni el más mínimo siseo naciera en su garganta para brotar después por los labios, porque estaba completa, rematadamente loca, y los locos no se asustaban ni asombraban de nada.

Vio la cara. Bueno…

Vio una calavera que en algunas partes mostraba pedazos de carne medio adheridos al hueso y medio colgantes, carne en la que hervían miles de voraces gusanos que a veces se ponían erectos para hundirse con mayor desespero en aquellos restos cárnicos de que se alimentaban.

Era lo mismo que si el rostro de Marcel Renaud fuese de corcho y sus porosidades sirvieran de subterráneas galenas a los irreverentes gusanos para introducirse en busca de reductos ignorados donde aún restasen pedazos de carne pútrida.

Horror sin límites rezumaba aquel lienzo.

Una oleada fétida azotó sin piedad la nariz de Charlotte produciéndole otra vez aquella sensación de vómito.

De mareo.

—¡Es papá, Charlotte! ¡Papá! —le decía su hermana con expresión diabólica en las facciones, señalando aquel engendro de carne podrida y huesos tintineantes, polvorientos, cubiertos por jirones de ropa mugrienta… que ya había conseguido escapar del féretro y mantenerse en pie. Y gritó—: ¡ES PAPA, CHARLOTTE! ¿NO VAS A DARLE UN BESO?

El muerto, con crujidos macabros, enervantes, comenzó un lento avance hacia el lugar donde Charlotte Renaud permanecía inmóvil, rígida, erecta, como clavada en tierra a brutales mazazos.

Hipnotizada…

Demoníacamente hipnotizada.

EL… siguió el lento avance.

Extendiendo ya cerca de ella, hasta casi rozarle el rostro, sus dedos calcinados, espectrales, cuyas articulaciones oscilaban con estremecedor

tintineo.

Aquel movimiento la liberó de su profunda abstracción.

—¡¡NOOOOOOOOOOO!!

—Hija… hija mía…

Se hundió Charlotte las uñas en los ojos.

—¡¡NOOOOOOOOOOO!! —se volvió loca una vez más.

Cayendo redonda al suelo.

CAPITULO PRIMERO

Jean-Marie Bouvard, inspector de la Policía Judicial de París, escuchaba en silencio y con evidente atención, casi con reverencia, el relato lleno de vibraciones, matices, estridencias y angustias, que le remitía su prometida.

La cual, concluyó en estos términos:

—…pero esta mañana me he despertado como si tal cosa. Como si nada hubiera sucedido a mi alrededor. Con una terrible opresión en el pecho y la garganta, eso sí. Geraldine me ha dado los buenos días sin hacer mención a nada de lo sucedido durante la noche. Bueno…, lo que ahora me pregunto es si en realidad ha sucedido. Porque de manera casual me he dejado caer en el interior de la habitación de mi hermana y… y allí no había el menor rastro de un ataúd ni de que hubiera estado. ¡Jean-Marie, te lo ruego! Tienes que ayudarme.

—Voilá, ma petite chérie! ¿Por qué te encuentro más hermosa cada vez que te miro?

—¡Jean-Marie! —exclamó ella, nerviosa—. ¡Lo que acabo de explicarte es grave! Importante…

—Nada hay más importante para mí en este momento que tu belleza, Charlotte.

—¡Oh, Jean-Marie! Sé que me adoras… Pero ahora te necesito como policía.

—Y yo te amo como la mujer más bella de Francia que eres. ¿De Francia he dicho? ¡Craso error el mío! Tú eres la más hermosa y fragante flor del jardín de la humanidad.

Charlotte Renaud, con un gesto de abatimiento y expresión de contrariedad se lamentó:

—¡Parecías escucharme con tanta atención!

—Te estaba adorando en silencio —movió él de forma apenas perceptible sus labios carnosos. Añadiendo—: Cada minuto que pasa estoy más seguro de que eres la plus belle du monde, mon amour.

Y no exageraba el inspector de la Policía Judicial, no.

Porque Charlotte era la hermosura hecha mujer, la candidez y lozanía convertidas en preciosa carne que se repartía equitativa y equidistante, ardiente y juvenil, con la fuerza y pujanza de sus veintidós primaveras, a lo largo, ancho y alto, de su cuerpo perfecto, de escultórico trazo, de relieves eróticos escondidos en un aroma de sutil suavidad, de excitante languidez por

lo furtivo de su aparente abandono… Por aquel no querer ser cuando era y mucho. Sus largos cabellos azabaches caían sobre sus hombros desnudos en virtud de aquella blusa veraniega que se sostenía alrededor de su cuello de cisne por una fina tira de tela al estilo bañador. Y aquella blusa se ensanchaba en torno a sus pechos tratando de ocultar su furia, su fiereza, su altiva templanza, su desafío vibrátil, para cerrarse después alrededor de un talle fugaz dentro de aquel pantalón verde, ceñido a sus muslos y nalgas ardientes y que se detenía al borde de sus rodillas en juvenil fruncido.

Unos zapatitos blancos de alto y delgado tacón completaban la indumentaria de aquella preciosidad femenina de enormes pupilas verdebrillantes, separadas por una nariz breve, recta y respingona al final, quieta en lo alto de una boca roja, agrietada y carnosa, partitura espléndida del beso y el amor.

No era de extrañar, pues, que Jean-Marie Bouvard se sintiera más impresionado por las cualidades físicas de su novia que por la truculencia de aquel relato estremecedor que acababa de contarle.

—Ha sido una pesadilla horrible, Charlotte. Olvídalo… La muerte de tu padre está aún muy reciente.

—Tengo dudas, Jean-Marie. En esa vivencia, sueño o realidad, Geraldine ha hablado de un museo, nuestro museo, le ha dicho el cadáver de papá, y me ha parecido entender que esa palabra encerraba un cúmulo de horrores tal que no me atrevo ni imaginar lo que pueda ser. Le ha dicho también que buscará alguien que se parezca a él para convertirlo en él… ¡todo eso suena a aberración!

—Sigmund Freud te convencería de…

—Sigmund Freud —le cortó ella— interpretaría debidamente mi sueño, si es que lo ha sido, vinculándolo a las realidades de que procede. Pero… —se llevó ambas manos al rostro, exclamando—: ¡Estoy tan segura de que he vivido lo que acabo de contarte, Jean-Marie! Te he hablado en otras ocasiones de ese cuarto del sótano de la tienda donde papá se pasaba horas y horas, en vida, dedicado a algo que jamás logré averiguar, ¿verdad?

—Sí, pequeña —le sonrió él. Añadiendo—: Y te he dicho mil veces que hay personas introvertidas, reservadas, que no quieren hacer partícipe a nadie de sus inquietudes, aficiones o manías, muchas veces por temor a que los demás se rían.

—A Geraldine siempre le permitió la entrada.

—¡Charlotte! ¿Por qué te empeñas en ver fantasmas por doquier? Puede que Geraldine se identificara mejor con el modo de sentir y pensar de tu difunto padre. ¡Qué sé yo!

—¿Y te parece lógica esa cláusula del testamento que me prohíbe entrar en esa habitación, legándosela a mi hermana como si fuera un bien de fortuna?

—Dime una cosa, ma petite chérie… —empezó el joven y apuesto policía.

—¿Cuál? —preguntó ella esperanzada.

—¿Se te ocurre alguna razón lógica-jurídica por la que yo pueda hacerme con un mandamiento judicial que obligue a Geraldine a abrir esa puerta?

La hermosa figura de Charlotte Renaud se estremeció visiblemente. Lo mismo que se había estremecido con glaciales repeluznos la noche pasada cuando fuera testigo de los maquiavelismos de su hermana, de su actitud diabólica alrededor de aquel féretro trágico en d que había sido enterrado su padre… y de la venida desde el interior de aquel de la figura en parte descarnada y en parte con jirones pútridos de carne pendiendo de sus huesos con aquellos horribles gusanos ávidos por devorarla.

Charlotte sentía la invasión de millones de soldados que avanzaban compactos dentro de ella componiendo la interminable legión del pánico, del horror, impidiéndole gritar: «SI.»

«¡Sí, Jean-Marie! ¡Obtén esa orden y averigüemos lo que de espectral se esconde en esa habitación!»

El pánico le impedía contestar afirmativamente. Y le hizo gritar, espantada, como volviendo desde muy lejos hasta la realidad del presente:

—¡No! ¡Eso no, Jean-Marie!

—¿Entonces, pequeña…?

—¡Tienes razón, amor mío! No sé lo que quiero, no sé lo que digo. Olvidémoslo, sí.

Jean-Marie salió de detrás de la mesa donde había permanecido hasta entonces.

Charlotte Renaud contempló con ojos de mujer enamorada, de cautiva romántica, la silueta atlética, la estampa varonil de personalidad arrolladora con sus buenos dos metros de firmeza y arrogancia, de estilo y clase, que era el cuerpo elástico y musculoso de Jean-Marie Renaud. Se perdió en el interior de aquellas pupilas azul-grises cuyo color sorprendía dado el tono castaño de sus cabellos, cual si encontrara en el fondo de ellas un bálsamo hipnótico tranquilizador que la librase de todo aquel cúmulo de angustias que vivían en ella.

Procuró solazarse en la contemplación de aquel perfecto ejemplar masculino que la fortuna le había reservado para el amor y deseó en aquel momento ser suya hasta la locura. Hasta una locura muy diferente, totalmente distinta, a la experimentada la noche anterior Jean-Marie pasó a espaldas de Charlotte para retirar el cabello negrísimo que cubría los hombros de la mujer y entregarse con dulzura a la embriagadora tarea de acariciarlos.

—Charlotte… —le susurró, agachándose, detrás de una de sus tiernas orejitas.

—¿Qué, mi vida?

—¿Por qué no nos casamos? ¡Ahora! ¡Hoy mismo! Y partimos muy lejos de aquí en viaje de luna de miel. Te relajarás y esas lagunas espectrales que se abren en algunos puntos de tu cerebro acabarán perdiéndose en d pozo del olvido. Para siempre. No volverás a recordar esos horrores, ya sean producto del sueño o deformes imágenes de una distorsionada realidad. ¡Y también yo olvidaré algunas cosas…!

—¿Qué cosas, Jean-Marie? —pareció extrañarse y sorprenderse ella, a la misma vez.

—Bueno…, no sé si sabes que a mí me persiguen, desde hace meses, un grupo de cadáveres decapitados que han ido apareciendo por los más insólitos rincones de París. Pero esos cadáveres existen… Sin que hasta hoy haya conseguido averiguar el porqué de sus mutilaciones ni el autor de las mismas. Mi jefe, m'sieu Teduac, hace días me propuso unas vacaciones y el relevo de mis competencias en ese asunto. Yo le contesté que sólo una boda, la mía con Charlotte Renaud, podía llevar a aceptar esas vacaciones y ese relevo. ¿Qué me contestas, chérie?

Hubo duda y consecuentemente, silencio.

Luego, con un tímido atisbo de voz, respondió ella:

—Creo que en estos momentos no estoy preparada para dar un paso tan decisivo en mi vida… y en la tuya, Jean-Marie. Prefiero esperar. Casarnos no debe ser producto de una necesidad psíquica o anímica, sino el deseo ferviente de unirnos para siempre. Pienso que contraer matrimonio en función de unas condiciones que son ajenas al mismo podría ser un grave error del que más tarde nos lamentaríamos los dos. Dejemos pasar una temporada y luego estudiaremos nuestro estado de ánimo y la conveniencia de unirnos para siempre. ¿Estás de acuerdo, cariño?

No pudo ocultar una inflexión de tristeza y desánimo, pero aun así dijo:

—Yo siempre estoy de acuerdo contigo, Charlotte.

—¿Aunque mis decisiones te contraríen?

—Aun así —se resignó él, inclinándose más para besarla en la nuca. Y preguntó—: ¿Quieres que hable con Geraldine?

Un vivo grito ahora, un grito de angustia, brotó de la garganta de la hermosa joven haciéndola vibrar todas ella:

—¡NO… NO! ¡NO!

Y tras proferir la triple exclamación se puso vertiginosamente en pie y giró para encararse con los ojos azul-grises de Jean-Marie que se posaron en los de

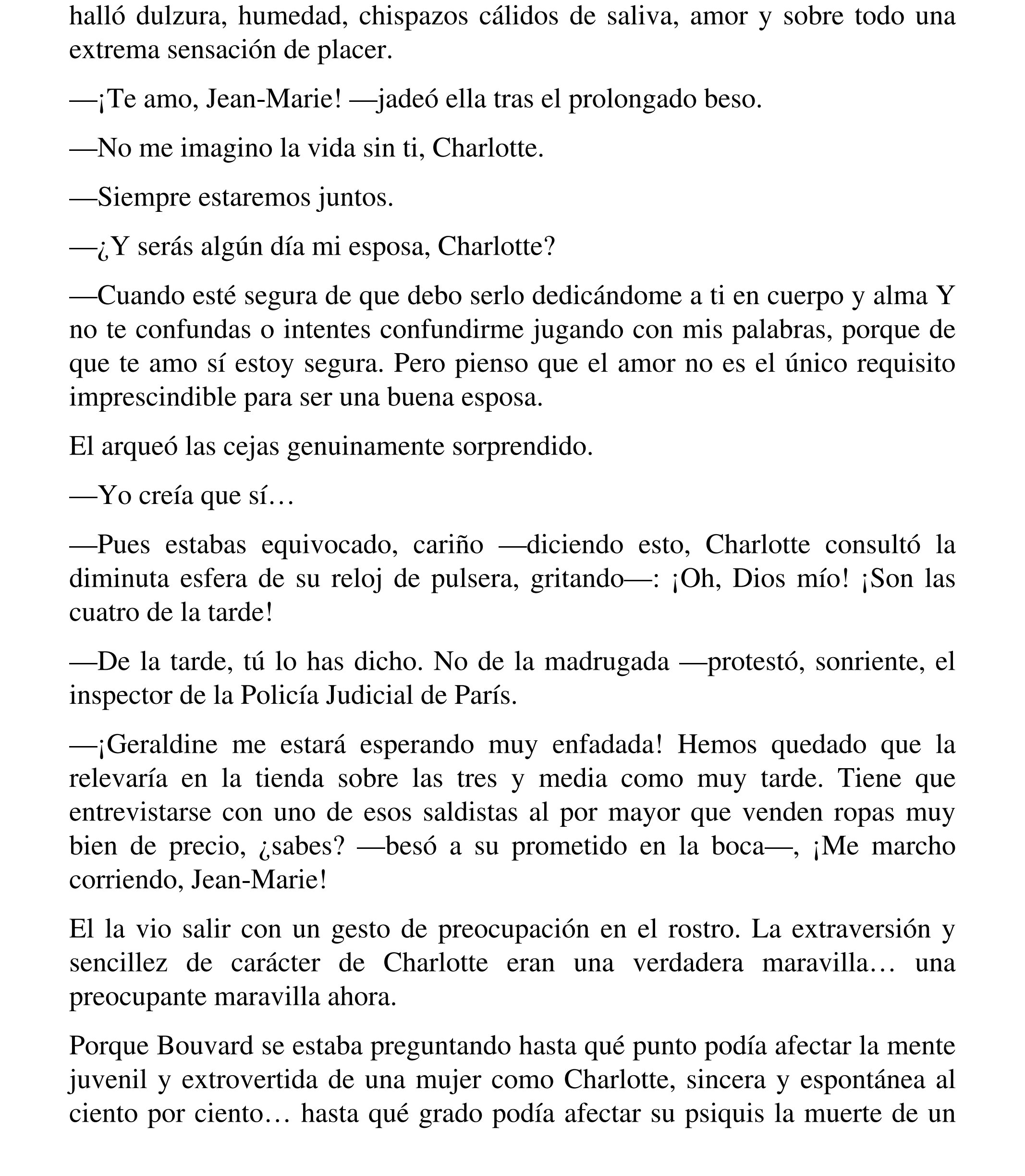
ella con una expresión de inefable ternura.

—Tienes que prometerme una cosa, Jean-Marie.

—¿Y es…?

—Que nunca le hablarás a Geraldine de lo que acabo de contarte.

—¿Es necesario que te lo prometa? —preguntó. Y antes de que la hermosa criatura de ojos verdes pronunciara una sola sílaba, Jean-Marie le puso dos dedos sobre los labios, susurrando—: Prometido…



Luego retiró los dedos y puso su boca sobre la boca de Charlotte en la que halló dulzura, humedad, chispazos cálidos de saliva, amor y sobre todo una extrema sensación de placer.

—¡Te amo, Jean-Marie! —jadeó ella tras el prolongado beso.

—No me imagino la vida sin ti, Charlotte.

—Siempre estaremos juntos.

—¿Y serás algún día mi esposa, Charlotte?

—Cuando esté segura de que debo serlo dedicándome a ti en cuerpo y alma Y no te confundas o intentes confundirme jugando con mis palabras, porque de que te amo sí estoy segura. Pero pienso que el amor no es el único requisito imprescindible para ser una buena esposa.

El arqueó las cejas genuinamente sorprendido.

—Yo creía que sí…

—Pues estabas equivocado, cariño —diciendo esto, Charlotte consultó la diminuta esfera de su reloj de pulsera, gritando—: ¡Oh, Dios mío! ¡Son las cuatro de la tarde!

—De la tarde, tú lo has dicho. No de la madrugada —protestó, sonriente, el inspector de la Policía Judicial de París.

—¡Geraldine me estará esperando muy enfadada! Hemos quedado que la relevaría en la tienda sobre las tres y media como muy tarde. Tiene que entrevistarse con uno de esos saldistas al por mayor que venden ropas muy bien de precio, ¿sabes? —besó a su prometido en la boca—, ¡Me marcho corriendo, Jean-Marie!

El la vio salir con un gesto de preocupación en el rostro. La extraversión y sencillez de carácter de Charlotte eran una verdadera maravilla… una preocupante maravilla ahora.

Porque Bouvard se estaba preguntando hasta qué punto podía afectar la mente juvenil y extrovertida de una mujer como Charlotte, sincera y espontánea al ciento por ciento… hasta qué grado podía afectar su psiquis la muerte de un

padre introvertido y estrafalario.

Y también pensó en los sucesos que ella le había contado de sus espeluznantes vivencias de aquella noche.

Jean-Marie, sin una razón aparentemente muy concreta, confiaba en el equilibrio psíquico de Charlotte.

Y ello, claro, le llevó a pensar en irregularidades en la conducta de Geraldine Renaud.

Irregularidades que él, como policía y prometido de la bella y juvenil Charlotte, tendría que investigar discretamente.

Sí, se imponía saber si a Geraldine le estaba ocurriendo… algo extraño.

Pero tenía que hacerlo con exquisito tacto para no herir la susceptibilidad de ésta ni faltar a la promesa hecha a la otra. ¡Pero…! ¿Es que no escarmentaba? ¿Es que no tenía bastante con preocuparse en averiguar por qué varios cadáveres habían aparecido en diferentes zonas de la ciudad… decapitados?

Había que averiguar el porqué de los crímenes, de las decapitaciones y el autor. Desde hacía casi un año había que averiguarlo.

Para Jean-Marie de todas formas, lo más importante del mundo era Charlotte. La tranquilidad y el bienestar de Charlotte estaban por encima de la identidad de aquel asesino y de sus víctimas decapitadas.

Tenía que averiguar si la hermosa muñeca de los ojos verdes sufría alucinaciones o si por el contrario era cierto que su hermana gemela, la no menos bella Geraldine, la de rubios cabellos y azules pupilas, estaba llevando a cabo una conducta inconfesable e inexplicable.

Este sería, a partir de aquel instante, el objetivo prioritario de Jean-Marie Bouvard, inspector de la Policía Judicial de París.

CAPITULO II

—Te pareces tanto… —dijo quien estaba acariciando con extraña admiración el rostro redondo y sonrosado de la mujer. Para repetir, al cabo de unos instantes—: Te pareces tanto…

La otra, con asombro y desasosiego a la vez por las reiteradas caricias y la expresión brillante que vivía en los ojos profundamente azules de la que hablaba, preguntó:

—¿A quién?

—¿No te lo han dicho nunca? —inquirió con evidente sorpresa Geraldine Renaud. Y antes de que le llegara una respuesta, ampliando su incómoda sonrisa, anunció—: A María Antonieta.

Soltó aquella a la que acababan de decirle que se parecía a María Antonieta unas sonoras carcajadas.

—¡Por favor! ¿Es que quieres burlarte?

Geraldine volvió a acariciarle con esmero las rojizas mejillas.

—No, pequeña, no. De veras que te pareces mucho a ella. Mucho…

—Oye, amiga… ¿tú de qué vas por la vida? De lesbiana supongo, ¿no?

—Eso suena feo, chérie. ¿Por qué piensas así de mí?

—Desde que me has invitado a sentarme a tu mesa no paras de tocarme el rostro. Y eso da qué pensar, ¿no crees?

—Soy una admiradora de la belleza. Y de los parecidos entre las personas. No hay por qué pensar mal.

—Cuando una tía se lía a sobarme —sentenció la otra con filosofía de la calle —, me mosqueo la tira.

—Ya... ¿Te importa que te llame prostituta?

—¡En absoluto, tía! —exclamó—. Me gano las habichuelas con mi cuerpo y es lógico que me llamen prostituta, puta o como quieran. No tengo prejuicios. Pero tú al parecer sí…, porque te molesta que te digan tortillera.

Geraldine Renaud clavó sus grandes pupilas de azuladas transparencias en la faz redondita y sonrosada de la chica de la calle que había invitado a compartir su mesa.

Se encontraban en uno de aquellos cafetines del parisino barrio de Montmartre que aún seguían conservando vestigios y resabios de la tradición

bohemia y que continuaban siendo refugio temporal de artistas fracasados, de genios incomprendidos a los que nadie comprendería nunca, de drogadictos, homosexuales y marginados.

Era una fauna variopinta y heteróclita la que seguía dándose cita en aquellos establecimientos tópicos y típicos.

—Empleas términos groseros, ofensivos, muñeca. Pero te acepto como eres. Trata tú de hacer lo mismo conmigo.

—¡Ya lo hago! ¿Es que no lo ves? He aceptado sentarme contigo aun quedándome con la copla de tu «joroba». Lo que pasa es que soy así de explosiva. Pero incapaz de hacerle daño a nadie. Sólo que me gusta llamar a las cosas por su nombre. Y si pagas… pues eso.

—Una chica extrovertida, entiendo —sonrió Geraldine de una forma que habría hecho estremecer a cualquier otra mujer que no fuese la que compartía su mesa. Inquiriendo—: ¿Cómo te llamas?

—¿Es que tengo que rellenar una ficha para irme a la cama contigo?

—No te he propuesto todavía que vayamos a la cama —Geraldine Renaud irguió el cuello lo mismo que una serpiente presta a inocular todo su veneno en la víctima elegida.

—¡Perdona, amiga! Te veo muy susceptible. Arlette…, me llamo Arlette Verly.

—Bonito nombre, sí. Oye, Arlette…

—¿Dime?

—No puedo negar que tengo mis debilidades sexuales, mis desviaciones incluso si así lo prefieres… Pero antepongo a éstas las otras.

—¿Las otras? —arqueó las cejas depiladas, con pasmo, la que decía llamarse Arlette Verly. Insistiendo—: ¿Qué otras?

Geraldine retuvo el rostro de aquélla dentro del enfoque profundo de sus pupilas color cielo y guardó unos segundos de silencio antes de descubrir:

—Las artísticas.

—¡Anda, mujer! ¡Eso está muy visto! Conmigo puedes ir al grano. Dime lo que quieres que hagamos y…

—No entiendes nada, Arlette —anunció en un tono frío, glacial, la de los rubios cabellos largos. Desgranando con un acento que hizo estremecer a la otra de pies a cabeza—: No entiendes nada de nada. Es una pena. Porque te pareces tanto…

—¡Eh, oye, tía! No te mosquees con una servidora. Si tú quieres llamarle arte le llamamos arte y aquí no pasa nada.

—Es… es arte, ma petite chérie.

—Oui —aceptó finalmente Arlette, no muy convencida de todas formas—, ¿Y qué pasa con el arte?

—Te pareces tanto… tanto, a María Antonieta.

—¡Qué coña, tía! Me lo has dicho veinte veces.

—Es que no me canso de asombrarme frente a tan sensacional parecido.

—Pues yo sí que me canso, compañera. Porque llevo media hora a tu lado tomándome un Ricard y la cosa no es así. Yo vengo a este antro en busca de clientes. A ganarme la vida. Porque tengo que comer, pagarme la pensión, comprarme bragas y sostenes.

—Pues yo creía que no llevabas sostenes. Porque tus pechos están muy caídos y son muy gordos. Me gustaría verte los pechos, Arlette.

—¿Eso también es arte, compañera?

—Sí… Porque yo quiero tenerte como modelo para pintar un cuadro.

—¿Con las tetas afuera?

—Un desnudo…

—¡Pues eso te va a costar una pasta gansa, amiga!

—¿Cómo cuánto?

—Las modelos cobran por horas, ¿no?

—Tú eres una puta, no una modelo…

—¿No has dicho que querías pintar mis tetas?

—Y tu cara, que es lo que verdaderamente me interesa —le dijo con evidente desprecio Geraldine Renaud. Agregando—: Pero no me tomes por lila ni intentes pasarte conmigo porque yo nací aquí, en Montmartre, y me salieron los dientes oyendo hablar a las golfas como tú. ¿Entiendes, Arlette?

Suspiró la otra profundamente.

—Creo que sí. ¿Mil quinientos francos por pintarme desnuda es un precio económico?

—Digamos que asequible, pequeña. Acepto.

—¿Cuándo empezamos?

—Es pronto todavía, Arlette. ¿Te apetece otro Ricard?

—Bueno… —la prostituta estaba cada vez más confundida frente a la extraña forma de producirse de la artista-lesbiana. Tartamudeó—: ¿Pero no… no has dicho que quieres pintarme?

—Más tarde. Por la noche. Por la noche me siento mucho más inspirada, ¿sabes?

—¿Para qué coño necesitas la inspiración con un modelo delante?

—No voy a cambiar mis métodos y sistemas por ti, Arlette. Compréndelo… —hizo un gesto al camarero, Geraldine y cuando éste se acercó, le dijo—: Un Ricard para la señorita y un martini muy seco para mí con cubitos.

—Te confieso que no entiendo nada de arte… No me has dicho cómo te llamas, ¿verdad?

—Héléne… —mintió—, me llamo Héléne. Y no hace falta que me aclares tu ignorancia artística, Arlette. Es flagrante.

—Creo entender que te burlas de mí, Héléne.

—Algo… Pero no del todo. No puedo burlarme de una mujer que se parece tanto como tú a María Antonieta.

—¿Porque te impresiona ese parecido mío…? ¡Oye! ¿No fue a María Antonieta a quien le cortó el pescuezo un tal Robespierre?

—En aquella época —sonrió Geraldine—, le cortaron el cuello a mucha gente en Francia.

—Fue lo de la Revolución, ¿no?

—Fue… sí.

—De todas formas no has contestado a mi pregunta. ¿Por qué?

—Heredé esa manía de mi padre. Bueno, verdaderamente, me la inculcó en vida. Mi padre era un gran artista, un excelente pintor… Su estilo consistía en buscar personas de parecido con otras de ilustres o que hubieran destacado en su tiempo por una u otra razón. Se servía del modelo para llegar en el lienzo al personaje histórico. Él y yo llegamos a formar un impresionante museo privado en el sótano de casa. Una… ¿cómo te diría yo para que te hicieses una idea? ¡Una verdadera maravilla! Pero no es necesario que te lo describa porque esta noche lo contemplarás con tus propios ojos.

—¿Debo decir ahora que es un honor?

—Bueno…, lo que es un auténtico honor es entrar a formar parte de ese museo como… como tú lo harás dentro de unas horas —pronunció Geraldine con un siniestro acento que la extrovertida Arlette no llegó a captar ni por asomo.

—Te voy a confesar un secreto, Héléne.

—¿Cuál?

—Me sorprendo a mí misma de haber aceptado tu… ¿le llamo encargo?

—¿Qué hay de raro en él?

—Que tiene que ser de noche. Y yo, de noche, desde que comenzaron a aparecer esa retahíla de cadáveres decapitados, no voy ni a mear.

—Imagino entonces que te inspiro confianza, ¿no?

—Sí, creo que sí. Pese a tu manera tan peculiar de comportarte me siento confiada a tu lado.

—Es halagador por tu parte, Arlette.

—¡Pues no te creas, eh! Porque soy de las que no gastan cumplidos. Si digo que estoy a gusto, o que estoy cómoda con una persona, es simplemente porque lo estoy. Oye, Héléne… —se detuvo, titubeante.

—¿Sí, Arlette?

—Luego de que me hayas pintado, haremos… —volvió a dudar, rompiendo la frase en ese punto.

—¿El amor? —completó, interrogante, la rubia Geraldine.

Arlette Verly, avergonzada, inclinó su testa pelirroja.

—Sí…

—Depende, ma petite. Si hemos hablado, congeniado y si cuando acabo de pintarte somos buenas amigas puede. Pero yo creía que tú sólo hacías eso por dinero, que en el fondo te repugnaba…

—A veces lo he pasado bien, Héléne. ¿Comprendes?

—Me alegro, me alegro mucho, pequeña —y se alzó levemente del asiento para besar una de las mejillas de Arlette. Preguntando—: ¿Te parece que demos una vuelta antes de ir a mi museo?

—Como quieras, Héléne.

Luego de que la rubia abonara las consumiciones, salieron de aquel tugurio de bohemia y otras muchas cosas más.

CAPITULO III

—Ven, Arlette, sígueme…

—¡Joder, tú! Esto está muy oscuro… ¿Es que no hay luz aquí, Héléne?

—Sí, sí lo hay. Pero no quiero encenderla.

—¡Pues vaya una gracia! ¿Por qué?

—¡No chilles, Arlette! Vas a conseguir que se despierte Charlotte.

—¿Quién es Charlotte?

—Mi hermana gemela. Por eso no he encendido la luz precisamente, para que no se despierte.

Arlette Verly, a tientas y apoyándose en la otra mientras bajaban por lo que suponía una escalera de caracol metálica, inquirió:

—¿Tanto miedo le tienes?

—No es eso, pequeña. Trato tan sólo de evitar discusiones. A ella le revienta todo aquello que tiene que ver con el arte. Se ríe de todo tipo de manifestaciones espirituales. Es muy prosaica.

—¿Prosaica? —se sorprendió la prostituta—. ¿Qué quiere decir eso?

—Materialista —puntualizó Geraldine Renaud.

—¡Ah! ¡Ahora sí! Ahora lo entiendo.

La escalera había concluido al pie de un angosto pasadizo por el que apenas si podían pasar dos personas juntas a lo ancho.

La oscuridad seguía siendo tupida, impenetrable. Inquietante.

—¿Te importa que te coja por la cintura, Arlette?

—Quien paga manda, compañera.

—Te empeñas en ver siempre las cosas desde una óptica muy primitiva, ¿no te parece?

—Si soy así… ¿qué le voy a hacer?

—Ven, abrázate a mí. No fueras a caerte y con el eco que se produce aquí tendríamos a mi hermana a nuestro lado en menos que cuesta decirlo.

—¿Y dices que vamos a tu museo? —expresó extrañeza en la voz la chica de la calle.

—Sí, claro.

—¡Joder, tú! Pues vaya un sitio tan raro de tener un museo. ¡Digo yo!

—No comprendo cómo puedes ser tan reiteradamente grosera, Arlette.

—Deformación profesional, querida.

—Seguro. Ya hemos llegado…

—¡Por fin! —exclamó con un suspiro de alivio Arlette Verly.

Geraldine Renaud, dejando libre la cintura de la otra que durante el avance por el corredor había llevado ceñida contra sí, extrajo de su bolso una llave de aquellas anticuadas por el tamaño y lo desproporcionado de la empuñadura, herrumbrosa con el paso del tiempo, y la introdujo en la cerradura de lo que años ha fuera el almacén del género cuando su padre instaló en Montmartre la tienda de compra venta de ropa nueva y usada.

La hizo girar, dos veces, a la derecha.

—¡Vaya ruido, tú! —exclamó la prostituta. Añadiendo—: Debo confesarte que tengo un poco de miedo. Este ambiente no lo hubieran logrado mejor en una película de crímenes y suspense.

—¡Por favor, Arlette! No seas chiquilla.

—El miedo no entiende de edades, cariño. He visto viejas que se cagaban vivas. Oye… ¿Es aquí adentro donde vas a pintarme?

—Sí, claro. Pasa, ven… ¿Por qué lo preguntas

—¡Me dan escalofríos sólo de pensarlo!

—Eres muy aprensiva, Arlette.

—Un poco, sí. Lo reconozco. ¿Tampoco hay luz aquí, Héléne?

—Sí, sí, que hay luz, miedosa. Ahora mismo la enciendo…

Arlette Verly, en la oscuridad que las rodeaba, intuyó que la estancia donde se hallaban era grande y nada acogedora, fría. Siniestra incluso.

Geraldine, a tientas, pero con la seguridad de no fallar en el intento, dejó resbalar los dedos de la diestra por la pared hasta que éstos tropezaron con el interruptor, cuya llave hicieron girar.

Luz, sí.

DIABOLICA LUZ, TAMBIEN.

Porque no se encendió como cabía esperar por el inquietante entorno la bombilla polvorienta, llena de telarañas, que solía completar aquella clase de lienzos, no.

Se encendieron, eso sí, las pequeñas bombillitas en que culminaban unos cirios artificiales, de plástico negro, que se encontraban todos, sin excepción,

introducidos en el interior de gruesos candelabros metálicos.

Y los candelabros…

—¡Aaaaaaah! —gritó Arlette, sobrecogida, llevándose una mano a la boca y la otra a la garganta—, ¡Dios mío! ¡Heléne… HELENE! ¿Qué diablos es eso?

Los candelabros, de cuatro en cuatro, situados en los respectivos vértices de los diez, doce o quince ataúdes que sobre los correspondientes y luctuosos catafalcos, se hallaban equidistantemente distribuidos en el interior de aquella nave de proporciones interminables situada en el sótano de la finca.

—¿Es que no lo ves? —preguntó con sardónica entonación la pseudoartista, respondiendo con ígneo matiz—: Son eso… ataúdes.

Arlette comenzó a entender o intuir algo, algo muy terrible, algo extraordinariamente cruel, con respecto al juego diabólico que la otra se llevaba entre manos.

—¡Tú estás loca! —gritó.

—Puede… —repuso Geraldine con una sonrisa en los labios muy fría, espeluznante, que le hubiera puesto la piel de gallina a un muerto. Y señalando con el índice de la diestra hacia el fondo de la lóbrega estancia, inquirió—: ¿Te has fijado en aquello, Arlette?

Instintivamente miró. Se trataba de un aparato extraño que en cierto modo le resultaba familiar. Recordaba haber visto algo parecido en películas de época o históricas. Pero…

Pero no obstante, con voz silbante y trémulo acento, quiso saber:

—¿Qué es…?

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! —las carcajadas estridentes de Geraldine sonaron como sílabas diabólicas—, ¿De veras que no lo sabes, cielo? ¡Es una guillotina!

A la chica de la calle, París se le vino encima.

Tartamudeó:

—Gui… llo.. tina…

—A María Antonieta, chérie, le cortaron el cuello con un precioso aparato igual que ése.

Arlette, loca de pánico, tuvo aún el suficiente valor para encararse con la que suponía llamarse Héléne. Gritándole:

—¡Estás loca, loca perdida! ¡Maldita lesbiana de mierda!

Y quiso girar sobre sus talones para echar a correr hacia atrás para deshacer lo andado a trancas y barrancas, sin importarle la oscuridad ni nada, con tal de

abandonar aquel escenario de terrores y locuras.

—¡Locaaaaaaa!

Pero las manos de Geraldine Renaud cayeron sobre ella y la aferraron casi con la misma violencia que podrían haberlo hecho las de un descargador de muelle

—¡Puta…, no eres más que una puta! Pero te pareces tanto… —le chilló la diabólica Geraldine mientras forcejeaban. Insistiendo—: Te pareces tanto… ¡que quieras o no pasaras a formar parte del museo!

—¡Suelt… suéltame, arpía maldita!

Geraldine, en función a la fuerza satánica que alguien parecía contagiarle desde el abismo de los encendidos infiernos, redujo con facilidad a la otra, culminando su tarea al apretar junto a los labios y nariz de Arlette una gasa empapada con sustancias narcóticas Empotraba la gasa en la cara de la prostituta al tiempo que con violencia homicida agitada la cabeza que mantenía firme por los cabellos, que hechos un manojo, apretaba entre los férreos dedos de su diestra, al tiempo que gritaba: —¡Respira, golfa, respira! ¡Respira…!

No hizo falta mucho tiempo para que Arlette Verly se perdiera por entre las tinieblas que componían el cielo y tierra del pozo de la inconsciencia.

CAPITULO IV

Le echó, con violencia, un cubo de agua al rostro.

La impresión del líquido frió la hizo parpadear asombrada.

Sin entender demasiado lo que estaba ocurriendo allí.

El cafetín de Montmartre…

Las caricias en las mejillas…

La proposición…

«…¿No has dicho que quieres pintar mis tetas?»

«…Y tu cara, que es lo que verdaderamente me interesa.»

HELENE…

«…¿Mil quinientos francos por pintarme desnuda es un precio económico?»

HELENE…

El museo…

«…Mi padre era un gran artista, un excelente pintor… Su estilo consistía en buscar personas de parecido con otras de ilustres o que hubieran destacado en su tiempo por una u otra razón. Se servía del modelo para llegar en el lienzo al personaje histórico. Él y yo llegamos a formar un impresionante museo privado en el sótano de la casa.»

El museo…

HELENE…

«…Te pareces tanto…»

«…¿A quién?»

«…A María Antonieta.»

«…¿No fue a María Antonieta a quien le cortó el pescuezo un tal

Robespierre?»

LA GUILLOTINA…

Otro cubo de agua, tan violentamente como el primero, se estrelló en el rostro de Arlette.

Y en la cabeza.

Contribuyendo a aclarar sus confusas ideas y pensamientos.

—¡HELENE… —gritó con desesperación que enervaba—, HELENE! ¿Qué pretendes hacer conmigo "o…! Qué… qué es esto Dónde me has metido DONDEEEEEE, DONDEEEEE…?

—Es muy sencillo, Arlette. En la guillotina… como estuvo ella. Como estuvo la María Antonieta a quien tú te pareces tanto. La guillotina, chérie…

—¡Estás rematadamente loca! ¡Locaaaaaa! ¡Eres un ser infame de ideas retorcidas! ¡Locaaaaaa!

—No chilles, cariño —le sonreía diabólica—. Me hieres los tímpanos.

—¿Qué te propones hacer… conmigo?

—Elemental, Arlette. Elemental… Cortarte la cabeza.

—¡Pero! ¿Por quéeeeeeeeee, por qué yo? ¿Qué mal te he hecho?

—Ninguno —volvió a sonreírle con aquellas luces satánicas en los ojos y en la expresión del rostro—, ninguno, Arlette. Pero te pareces tanto…

Arlette Verly hizo un esfuerzo sobrehumano para escapar de aquella siniestra ratonera, pero al punto entendió que todos sus intentos iban a resultar baldíos estériles.

Aquel espeluznante ingenio que monsieur Guillotine ideara y que alcanzó su mayor auge y esplendor sangriento durante la Revolución francesa, volvía al presente para dictar absurda sentencia sobre una pobre mujer de la vida que ahora, en aquel instante, se encontraba indefensa, inmóvil, dominada, dentro de aquel siniestro artilugio.

Manos y tronco de Arlette estaban sujetos, impresos en la guillotina [1], como si formaran parte de ella misma.

—¡Por Dios… —suplicó—, por Dios! ¡No me mate!

—¡No lo nombres, golfa! ¡No lo nombres! ¡Él no tiene cabida aquí!

Arlette, que pasaba de la resignación y la súplica a la rebeldía, gritó una vez más:

—¡Tienes el cerebro tarado, lesbiana de todos los diablos! ¡Estás loca! ¡Locaaaaaaa perdida! ¡Loca! Pero… ¿por qué yo, por qué? Déjame, te lo suplico, ¡por favor! Haré todo lo que quieras. Gratis… ¡Todo Geraldine Renaud, con ojos en los que parecían brillar ascuas bajadas del mismo infierno en manos del propio Satanás, comenzó a dar vueltas, lentas y sigilosas vueltas, alrededor del siniestro artefacto en el que estaba integrada Arlette.

Y murmuró de súbito:

—Te pareces tanto…

—¡Héléne…! ¿Qué importancia puede tener mi parecido con María Antonieta?

Extendió Geraldine su mano hacia los siniestros ataúdes mortecinamente iluminados, desgranando:

—Ellos… ¡ellos también se parecían!

Pese a lo incómodo de su postura, lo lacerante y cruel de la misma apenas le permitía echar el cuello atrás para levantar la cabeza, Arlette, de manera instintiva, hizo girar sus ojos hasta lo más alto de las órbitas para atisbar en la siniestra hilera de iluminados féretros.

Un impacto de curiosidad morbosa le llevó a preguntar:

—Ellos son el museo. Las obras de arte que él empezó y que ahora son solo mías.

—¿ÉL..?

—¡Mi padre! ¡El genio más grande que ha conocido la humanidad! Un prodigio de la inspiración, un orfebre de lo supremo. La quintaesencia del arte, pequeña.

—¿Arte…? —se sorprendió Arlette con un rictus de repugnancia en los labios. Y como ya carecía de fuerzas, de impulsos vitales que la llevaran a desgañitarse para censurar a voz en grito la locura infernal de la que seguía suponiendo Héléne, se limitó a preguntar con profunda amargura—: ¿Te atreves a llamar arte a ese cúmulo de atrocidades? ¿Qué ves de artístico en ese mundo de horrores que él quien demonios fuera ha construido? ¡Eso es aberrante, Héléne! ¡Haz por comprenderlo! Yo soy una ignorante prostituta de la calle desde luego… ¡pero ni a cambio de seguir viviendo ahora aceptaría ser como tú! Porque eres un monstruo Héléne, sencillamente un monstruo.

No hizo mella en el ánimo sádico de Geraldine Renaud la suave filípica de su víctima.

—Ya te dije en el cafetín que no entiendes nada de nada —seguía circundando con sus paseos el siniestro monumento de la guillotina en que se

hallaba cautiva Arlette.

Preguntando, de pronto, con brillo ardiente en las pupilas—: ¿Sabes el inmenso valor que tienen esa obras magníficas, esos féretros maravillosos y sus contenidos?

—El valor de tu demencia, Héléne —respondió la otra con una sorprendente entereza. Y añadió—: Sólo eso. Creo que empiezo a sentir pena por ti…

Geraldine, como si no la hubiera escuchado, inició un extraño soliloquio cargado de emociones siniestras, de matices diabólicos, que consiguieron aterrorizar a la desdichada Arlette cuando la oyó pronunciar:

—Es sublime… ¡nuestro arte es sublime! Bueno, ahora sólo es mío, mío, desde que él se marchó. Aunque yo lo he recuperado rescatándolo de los abismos sombríos de la muerte y está otra vez aquí, conmigo, cuando encuentre alguien que se le parezca como tú te pareces a María Antonieta… Te lo voy a contar todo, Arlette, todo. Me inspiras confianza y sé, estoy segura de que acabarás entendiéndolo y de que te sentirás muy satisfecha y honrada de integrarte en las obras magníficas de este museo como una más de ellas. ¿Sabes cómo empezó esto? —aunque Geraldine daba a su monólogo matices de diálogo, ella conformaba todo el elenco de la conversación y respondía a sus propios interrogantes y a las dudas que intencionadamente planteaba. Arlette se convenció ahora de que los niveles psíquicos de aquella maníaca homicida estaban por completo deteriorados y que precisamente aquella locura la hacía mucho más peligrosa que la morbosidad de sus aficiones pseudoartísticas. Prosiguió—: No, no lo sabes. Es sencillo, verás…

«Marcel, mi padre, tenía grandes inquietudes artísticas. Ambiciones diría yo… Pero quería ser distinto, diferente a todos, triunfar en lo ignorado, en aquello que hasta entonces no había sido conocido. ¿Pintura, escultura…? Pensó en ambas cosas, pero con matices insólitos. ¿Había cultivado alguien el exquisito arte de la reproducción de ataúdes? Él lo hizo. Fue el primero y sigue siendo el único… Yo soy la única ahora que lo personificó a él. Obtuvo fotografías, dibujos, de féretros en los que reposaban los restos de protagonistas importantes del mundo y la historia. No importaba el porqué… bastaba con que hubiesen sido famosos. Hizo maravillas, verdaderas obras de arte reproduciendo a la perfección aquellas cajas mortuorias. Él había convertido lo que muchos consideraban siniestro en auténtico placer de virtuosos elegidos.

Hizo un alto en su apasionada oratoria para acercarse a uno de los féretros. Y posando en el filo del mismo su mano diestra, continuó:

—Este mismo, ¿ves? Aquí estuvo introducido el conde Alexis hasta que lo trasladaron de la cripta de su castillo situado en la ladera del valle de Baviera, a la fosa común de un cementerio, en el momento de ser vendido el viejo castillo por uno de sus descendientes. Cuentan del conde Alexis que se casó

con una mujer vampiro…, ¿lo sabías? Y él, ser mordido por su esposa, también se convirtió en uno de esos seres que necesitan beber sangre humana para sobrevivir. Dicen que lo mató un pastor de la única forma que se puede matar a los hombres-vampiro: clavándole una estaca en el…

—¡Bastaaaaaaa! —aulló Arlette, conmocionada, temiendo que aquella posesa le contagiara antes de guillotinarla las cotas de locura y maldad que había alcanzado.

Hubiera deseado fervientemente tener las manos libres para aplastarlas contra los oídos y no escuchar aquel guion de horrores aberrantes, de monstruosidades.

Pero estaba obligada a seguir oyendo, oyendo, OYENDO…

—…corazón. ¿Te sientes mal, mi pequeña Arlette? Tienes que ser fuerte, querida, muy fuerte… ¿Decía? ¡Ah, sí, hablaba de mi padre! No se sintió satisfecho al contemplar aquellos ataúdes solos, vacíos, huérfanos de su excitante contenido. Y pensó que tenía que encontrar algo que acercara su arte a una mayor realidad. Pronto supo el qué… ¿Y si hallaba una persona viva que se pareciera al conde Alexis? Era cuestión de perseverancia, de ser paciente en la búsqueda. Por fin lo halló y luego de matarlo le cortó la cabeza. Con la cabeza tenía suficiente para conservar todo su cuerpo en estado incorrupto; era complicado y costoso, pero la cabeza solamente resultaba sencillo embalsamarla. El cuerpo lo construyó en cera, lo mismo que esas reproducciones que se exhiben en determinados museos dedicados a la truculencia. Primero fue el conde Alexis, luego Napoleón, más tarde Luis XV, Nerón… y un largo etcétera.

—¿Esos… eran los decapitados que iban apareciendo por las calles de París? —preguntó con un hilo de voz Arlette Verly.

—¿Piensas que el arte puede detenerse ante esas insignificancias?

—¡Eres un engendro del diablo! ¡Un monstruo ávido de sangre! ¡Eres la locura misma!

—Soy el arte, ma petite cherie. Soy el arte de él que perdura en mi… ¡soy algo tan grande e inmenso que el mundo acabará estremeciéndose frente a mí!

—¡Acaba ya de una vez conmigo, loca! ¡Acaba! Avanzó lenta, despaciosamente, hacia la muchacha. Solazándose con el horror, el pánico ancestral que se reflejaba en sus facciones, aunque ella hiciera esfuerzos denodados por mantener una aparente dignidad.

—Sin prisa, Arlette, sin prisa. Quiero saborear la expectación que ha de preceder al momento en que la cuchilla caiga sobre tu cabeza y corte el cuello escupiéndola hacia delante… quiero imaginarme cómo y a qué velocidad saldrá disparada goteando sangre, puede que hasta salpicándome. ¿Por qué ese deseo tuyo de morir tan pronto? ¡Serás una magnífica María Antonieta! Te

prometo esmerarme más que nunca para hacer con tu cabeza, luego de limpiarla de sangre… »¡¡NOOOOOOOOOOO!! ¡¡NO QUIERO SEGUIR OYENDOTE!! ¡MATAME DE UNA VEZ PERO CALLA!

Se detuvo, inclinándose, para que sus pérfidos ojos azules llenos de reverberaciones infernales quedaran a altura de las dilatadas pupilas de Arlette de quienes se había enseñoreado el terror inyectándoles sombras estremecedoras.

—Tienes miedo ¿verdad? ¿Tienes mucho miedo? ¿MUCHO… NO ES CIERTO? Dímelo, Arlette… dime que tienes mucho miedo, que estás aterrada, que te vuelve loca imaginar el ruido del acero cortando tu carne, haciéndola jirones, rasgando vértebras y cartílagos, permitiendo que chorros de sangre emerjan con la fuerza de las aguas en una tormenta. Dilo, Arlette, confiesa que tienes un miedo enorme…

—¡Síiiiiii! ¡Estoy muerta de terror! ¡Muerta en vida! ¡Acaba… acaba de una vez si queda algo de humano en ti, algo de piedad! ¡ACABAAAAAA!

La diestra de Geraldine, con lentitud exasperante, en el colmo del más siniestro de los regodeos, de la más infernal de las morbosidades, se fue alzando en busca del resorte que hacía descender, veloz, brutal, el triángulo de acero.

Con una sonrisa sencillamente escalofriante en sus labios, repulsivos ahora, por la mueca que los curvaba, susurró:

—Pídemelo, Arlette… Pídemelo por favor. Suplícame que te mate. Anda, quiero oír cómo me lo imploras.

—¡Sí, sí, mátame!

—Por favor he dicho.

—¡Mátame, por favor! ¡Pero hazlo de una vez!

—Suplícamelo —insistía con diabólico matiz en la voz.

Arlette, psíquicamente destrozada, al borde la total enajenación, sin fuerza apenas para articular palabra, musitó:

—Te lo suplico, te lo imploro… ¡MATAME!

Silencio.

Se hizo de súbito en aquel sótano frío, inhóspito, lleno de atrocidades y horrores, un silencio de sepulcro.

Nunca mejor empleada la expresión, sí.

Un silencio que se confundía con la atmósfera de terror que allí había creado junto a su padre aquel monstruo aberrante, aquel cerebro lleno de locuras demoníacas que era Geraldine Renaud.



—Te pareces tanto…

Clic…

El resorte.

Dejó bajar la cuchilla triangular a velocidad de vértigo. ¡ZZZZZZZAS!

Fue un corte preciso, limpio, matemático.

Y la cabeza de Arlette Verly salió delante como un proyectil siendo recogida entre las manos trémulas de Geraldine, que la apretó contra su regazo sin importarle bañarse en la sangre fresca, viscosa, que vertía el monstruoso corte.

La acariciaba.

Acariciaba sus mejillas, tibias y sonrosadas aún, repitiendo una y otra vez, como estribillo de la canción del horror:

—Te pareces tanto…, te pareces tanto… ¡Yo haré de ti una segunda María Antonieta! Te pareces tanto…

En aquel preciso instante se abrió, lentamente, sin apenas producir ruido, la puerta que daba acceso a aquella exposición bestial, pavorosa, de alucinantes vivencias… de irreales realidades que hacían estremecer, aturdir, enloquecer.

Y asomó por el hueco entreabierto el rostro expectante, cerúleo, de una mujer.

Su mirada nerviosa y aterrada parecía anticipar a las propias retinas todo el horror que estaba segura de hallar. ¿Todo…?

No.

Porque era difícil, casi imposible, imaginar tanto horror.

Tanto, sí.

Los ojos verdes, reflejando los límites del terror que experimentaban al captar aquel lienzo dantesco, aberrante, se fueron a miles de millas por delante de las órbitas.

Las cuerdas vocales de aquella garganta se aunaron en el esfuerzo de expulsar, afuera, todo el terror contenido.

Y la boca se abrió para que el grito pudiera pasar.

Salir

—¡¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAH!!

CAPITULO V

Charlotte Renaud, luego del grito, se puso rígida, tensa como un cable de acero.

Instantes después, tras un espasmo que la hizo zozobrar de arriba abajo, convulsa y prendida en histéricos estertores comenzó a golpear, cerrados sus débiles puños, la puerta que le había permitido conocer el siniestro mundo de su hermana Geraldine.

Golpeaba la puerta, sí, la golpeaba una y otra vez, buscando exteriorizar, desahogar, aquella mezcla incomprensible de sentimientos que la abatían.

Impotencia, horror, pánico, odio, lástima…

Un nuevo aullido que repartió estridentes ecos contra las paredes de la estancia y que acabaron rompiéndose al rebotar de ataúd en ataúd, se evadió por entre los labios tremolantes de Charlotte: »¡¡NOOOOOOOOOOOOOO!!

Geraldine, como viva imagen del infierno, se revolvió mostrando una expresión indescriptible.

Sus ojos no eran azules.

Eran fuego…

La belleza de sus facciones había desaparecido en el fondo de aquella crispación demoníaca que las apretaba, haciendo pedazos la hermosura irreal pero visible, para dejar paso a las monstruosa fealdad de su alma, oculta e invisible.

Por las comisuras de sus labios asomaba una espuma de tonalidad nauseabunda y en su garganta se apretujaban extraños sonidos que no llegaban más allá del gorgoteo.

Emitía unos siniestros graznidos que enervaban.

Abrió las manos para extenderlas hacia su hermana y la cabeza que hasta entonces habían sostenido cayó sobre el frío cemento, con macabro crujido, extendiendo por debajo tímidos afluentes sangrientos.

Charlotte se tapó la cara para huir a la visión.

—¡Maldita seas, estúpida! ¡Mil veces maldita! ¡Juro que te he de precipitar a las hogueras del infierno para que ardas por toda la eternidad! ¡Malditaaaaaa!

Y echó a correr hacia arriba en busca de su duplicado de cabellos negros y verdes pupilas.

Charlotte retiró los dedos del rostro.

Viéndola venir como una posesa con las manos, garras mejor, garras con mensajes de muerte y sangre, extendidas hacia ella.

Comprendió la dulce Charlotte que aquello sería el final.

Geraldine estaba acostumbrada a matar, gozaba matando, descubría diabólicos placeres en el acto cruel de producir muerte…

—¡Te voy a destrozar! ¡Te arrancaré los ojos con mis uñas y los dejaré toda la noche ensartados en ellas!

Ahora fue un tímido, ahogado gritito, lo que pudo escapar de entre los sensuales y carnosos labios de la morenita.

—¡Nooooo!

Sí.

Geraldine se abalanzaba sobre ella con la muerte en los ojos, en las manos, en la boca, en la expresión… ¡Todo en sí era muerte!

Graznaba, rugía, farfullaba, emitía ronquidos…

Ansiaba matar.

—¡Te mataré, estúpida! ¡Te mataré!

La atrapó por el cuello con sus férreas garras.

Charlotte, instintivamente, le propinó, queriendo defenderse, un golpe sobre los senos que causó dolor en la otra obligándola a soltar la garganta de su hermana.

—¡Furcia!

Charlotte echó a correr en dirección al lugar donde el cuerpo de Arlette, sin cabeza, seguía prisionero en la guillotina.

Evitó mirar aquella estampa demoníaca haciendo lo posible por no ver tampoco aquel pasillo de ataúdes por el que corría.

Geraldine se había revuelto ya para galopar, posesa, criminal, en busca de la otra.

Charlotte, aterrada, asintiendo que el miedo se convertía en algo sólido y tangible que pasaba a formar parte de ella misma coartando su necesaria capacidad de reacción, de maniobra, comenzó a dar vueltas alrededor de la guillotina y su macabro contenido.

—¡Es inútil, inútil… te destrozaré!

—¡Estás loca, Geraldine! ¡Completamente loca! ¡Y ahora comprendo que lo de la noche pasada fue verdad! ¡No lo soñé… no! ¡En tu demencia has

profanado la tumba de papá!

—¡Cierra la boca, histérica! ¡El me lo pidió! ¡Él quiso que yo lo sacara de allí!

—Geral… dine, por favor —Charlotte estaba asfixiada por la carrera.

Pero la expresión que seguía viviendo en el rostro de su hermana la convenció de lo inútil de intentar el diálogo.

Volvió de nuevo al pasillo de los ataúdes.

Cuando enfilaba la recta Geraldine se tiró a sus pies haciéndola caer de bruces contra el cemento.

—¡Aaaah! —gimió, más por el miedo que por el dolor.

Geraldine, exasperada, diabólicamente patética, encarnando por su crispada expresividad y sus contracciones la viva estampa del mal y la locura, atrapó, decidida, criminalmente resuelta, uno de los pasados candelabros que montaban guardia junto al ataúd más cercano.

Lo alzó con la fuerza de la furia, blandiéndolo, dispuesta a descargarlo sobre la cabeza de Charlotte.

Esta levantó un pie golpeando el tobillo izquierdo de Geraldine con la puntera del zapato.

Rugió algo parecido a una queja deteniendo su acción mortal.

Charlotte aprovechó la circunstancia para repetir el golpe y entonces su hermana, verdaderamente dolorida, dejó escapar el pesado candelabro para ir en busca del tobillo herido y friccionarlo.

La morena, sacando fuerzas de flaqueza, aunando sus últimas energías para huir de la muerte, saltó arriba de un brinco atrapando el candelabro que acababa de caer de las manos de Geraldine.

Lo llevó hasta lo alto y…

—¡Quieta, estúpida! ¡Tú no tienes valor para matar!

El instrumento cayó, abajo, con toda la violencia de su peso.

Sí.

Sí, tenía valor.

Porque el macizo candelabro se estrelló encima de la cabeza de Geraldine Renaud, destrozándosela.

Charlotte, excitada, repitió el envite.

Sangre… ¡De la deshecha cabeza de Geraldine brotaban ríos de sangre, pedazos de hueso, pringue gris…!

Y sus ojos, que comenzaban a parecer dos pedazos vacíos e inanimados de

frío cristal, expresaban la terrible sorpresa que les había producido, cuando aún tenían vida, la acción decidida, mortal, definitiva, de Charlotte Renaud.

El artilugio se fue de sus manos sin fuerza al captar el horror que la envolvía partiendo de los ojos de su hermana, de su cráneo destrozado, de aquel rostro que no había dejado de ser diabólico.

Y gritó hasta la locura, hasta el más allá.

Después se quedó muy quieta, como prendida en trance hipnótico.

Lo mismo que si su hermana, la pérfida Geraldine Renaud la hubiera cautivado para siempre desde el reino de las tinieblas.

Miraba el cadáver pero sin verlo en realidad.

Y estaba muy inmóvil.

Como una figura de cera.

El siseo primero, crujido después y ruido al final, la trajo a la realidad de aquel entorno de terror. El ruido que se acababa de gestar en el interior de uno de aquellos luctuosos féretros.

Ruido…

Caída de un candelabro.

De un candelabro como aquel con el que ella había truncado la carrera monstruosa de Geraldine Renaud. ¿Por qué? ¿Por qué toda aquella conmoción?

Porque él acababa de salir. ¡De emerger del interior del ataúd!

ÉL…

¡Su padre!

El cadáver fétido, pútrido, repugnante, que su hermana robara de los abismos de la tumba.

ÉL…

—¡¡NOOOOOOOOOO!!

Corría.

Con macabro tintineo de huesos, al viento aquellos pedazos de carne colgantes donde seguían viviendo los ávidos gusanos, los voraces gusanos, deshaciéndose sus ropas polvorientas en la carrera.

—¡Nos vengaremos de ti, Charlotte! ¡Nos vengaremos! ¡Geraldine y yo volveremos para torturarte en el brasero de los horrores! ¡Nos vengaremos!

Y el fantasma de ultratumba, frente a la desesperación de Charlotte que lo contemplaba enloquecida, corría y corma, seguía corriendo hacia la puerta.

Y la cruzó con aquella terrible amenaza en sus labios descarnados:

—¡NOS VENGAREMOS!

Brilló la luz con intensidad. ¿Otra visión? ¿Realidad de fuego?

FUEGO…

—¡Fuegoooooo! —gritó Charlotte sin consciencia exacta de lo que sucedía, confusa, sin saber dónde terminaban las alucinaciones y comenzaba la verdad de los hechos.

Repitió—: ¡Fuegoooooo!

En efecto.

El candelabro que había tirado él en su infernal huida, dejando escapar la parte que simulaba un cirio hacia dentro del féretro, acababa de prender en los secos ropajes que formaban el acolchado interior a causa del calor de la bombilla, creando una rápida llama que ahora se contagiaba ya a la madera del vehículo mortuorio.

Madera, tela, cera con la que se había formado el cuerpo de las siniestras reproducciones, todo ello eran sustancias harto inflamables que convirtieron aquel sótano demoníaco en una gigante tea, en una sola y viva llama, antes de Charlotte atendiera a la razón.

El fuego, claro, acabó por empujarla hacia atrás.

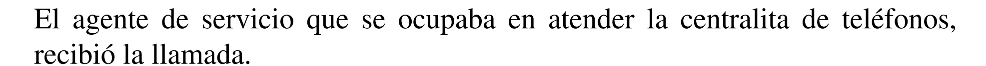
Hacia la puerta por la que poco antes saliera él.

Charlotte Renaud escuchaba el ruido de sus tacones al correr y aquel sonido aumentaba su pánico.

Pero seguía huyendo, sin saber ciertamente que el instinto la hacía escapar al fuego.

Cuando ya trotaba por encima de los metálicos peldaños de la escalerilla de caracol, como si entonces se diera cuenta de todo, o de lo último al menos, bramó:

—¡¡FUEGOOOOOOOOOOOO!!



CAPITULO VI

El agente de servicio que se ocupaba en atender la centralita de teléfonos, recibió la llamada.

—Policía Judicial. ¿Quién habla?

—Del Hôpital Curie, guardia. Querría hablar con el inspector Jean-Marie Bouvard. Nos han dicho que está de retén.

—Cierto. ¿Pero me dice su nombre, por favor?

—Doctor Demange, Valery Demange. Es urgente.

—Le paso en seguida.

Un instante después repiqueteaba la campanilla de uno de los aparatos de la mesa del joven inspector de la Policía Judicial.

Atrapando el auricular, preguntó:

—¿Sí…?

—¿Jean-Marie Bouvard? —le preguntaron a su vez.

—¡Al teléfono! ¿Quién es?

—Soy el doctor Demange del Hôpital Curie, inspector.

—¿Qué ocurre, doctor? Pienso que no nos conocemos, ¿verdad?

—Así es —le respondió el médico. Ampliando—: Pero acabamos de ingresar una paciente que no deja de repetir su nombre reiteradamente.

—¿Una…? —el jovial policía adquirió una palidez casi cadavérica. Y con temblor en la voz, con miedo genuino, preguntó con la esperanza de una respuesta negativa—. ¿Charlotte… Charlotte Renaud?

—Sí.

Se puso en pie de un brinco con el auricular fuertemente apretado entre los dedos, incrustándolo contra el oído.

—¡Doctor! ¿Qué le ha ocurrido a Charlotte?

—Cálmese, inspector, cálmese. No es nada grave —le tranquilizó el facultativo. Añadiendo—: Sufre un shock psíquico producido por la impresión del incendio.

—¿Incendio…? —iba el policía de sorpresa en sorpresa—, ¿De qué incendio me está hablando, doctor Demange?

—Le ruego que procure tranquilizarse, inspector. Me estoy refiriendo al incendio que se ha declarado hace un par de horas en la tienda de compra venta de ropa que la señorita Renaud posee en Montmartre, en el 17 de la rué Barón Gauthey según creo.

—¡Sí, sí, doctor! —la exasperación de Jean-Marie Bouvard iba en furioso in crescendo —. ¿Y qué? ¿Y qué…?

—Ignoro las causas del siniestro y ello es además competencia de los bomberos, y de ustedes si hubiese lugar. En cuanto a Charlotte, que ha escapado de las Damas milagrosamente puesto que al parecer se encontraba en la cama a juzgar por el camisón con que nos la han traído, ha tenido un fuerte impacto psíquico a causa no sólo del incendio sino porque al parecer su hermana ha sido pasto de la voracidad de las llamas.

—¡Santo cielo! ¡Es horrible!

—Inspector…

—¿Sí?

—He conseguido localizarle gracias a una de mis enfermeras que le conoce de haber leído su nombre en los periódicos, y a la insistencia puesta por Charlotte en pronunciarlo. Como yo ignoro en estos momentos si existe o no algún familiar que pueda responsabilizarse de…

—¡Yo me responsabilizo de todo lo que sea necesario! Como policía y como futuro marido de Charlotte. Y voy en seguida para…

—¡Inspector! —la voz del doctor Valery Demange vibró en la cazuela del auricular de su teléfono en la sala de urgencias del Hôpital Curie desde donde procedía.

Bouvard se quedó rígido.

—¿Qué ocurre?

—No es conveniente que usted venga ahora.

—¡Pero…! —se desesperó el joven miembro de la Policía Judicial parisina—. ¿Por qué?

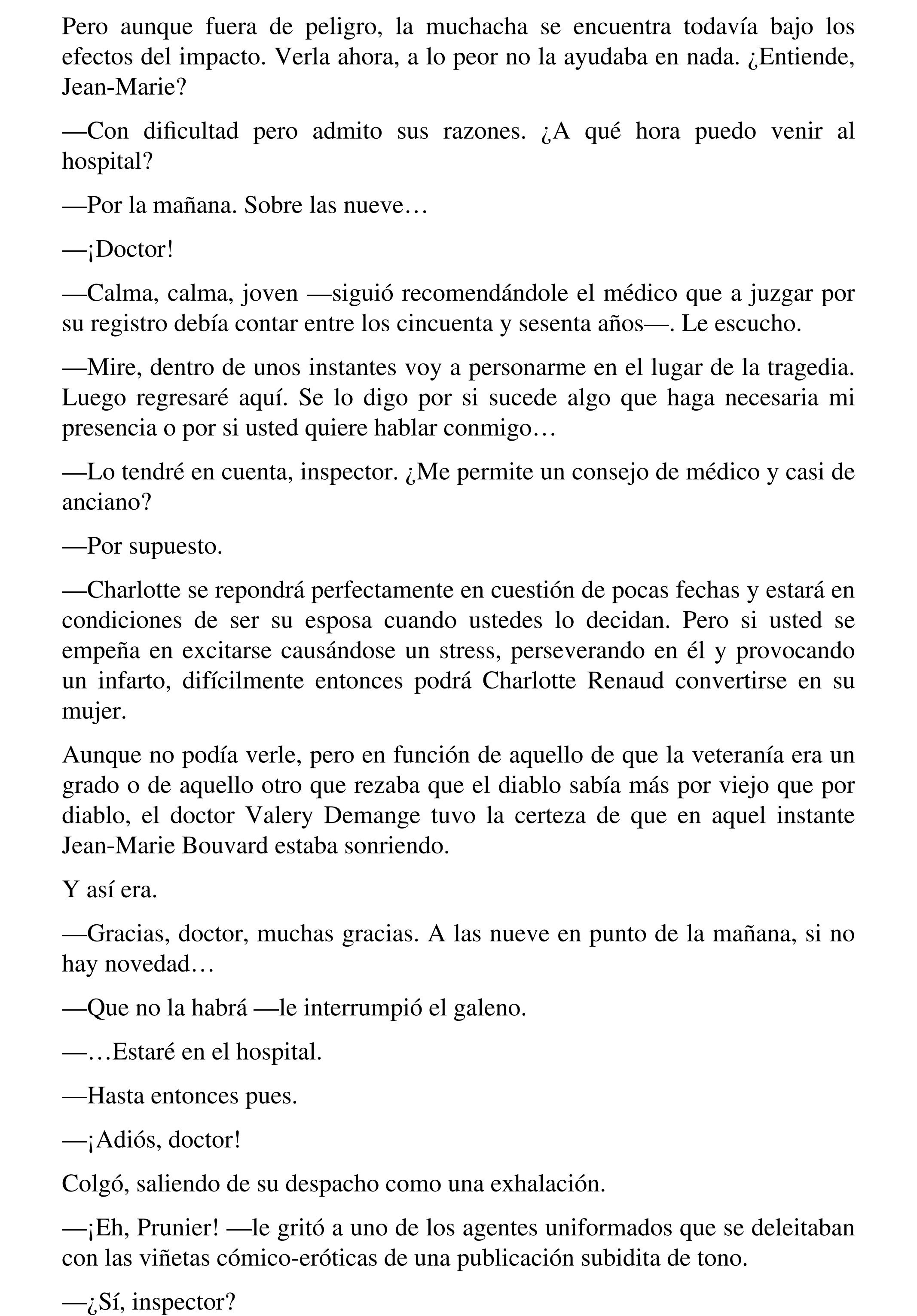
—Razones médicas así lo aconsejan por el bien de la muchacha. Entiéndalo, Bouvard.

—¡No le hablaré, doctor Demange! Sólo quiero verla, mirarla, comprobar que…

—¿No le basta mi palabra de que Charlotte está fuera de todo peligro?

—¡Sí, sí, claro! Pero no creo que le resulte difícil comprender mi inquietud.

—Me hago perfecto cargo, inspector. Y me parece tremendamente lógico.



Pero aunque fuera de peligro, la muchacha se encuentra todavía bajo los efectos del impacto. Verla ahora, a lo peor no la ayudaba en nada. ¿Entiende, Jean-Marie?

—Con dificultad pero admito sus razones. ¿A qué hora puedo venir al hospital?

—Por la mañana. Sobre las nueve…

—¡Doctor!

—Calma, calma, joven —siguió recomendándole el médico que a juzgar por su registro debía contar entre los cincuenta y sesenta años—. Le escucho.

—Mire, dentro de unos instantes voy a personarme en el lugar de la tragedia. Luego regresaré aquí. Se lo digo por si sucede algo que haga necesaria mi presencia o por si usted quiere hablar conmigo…

—Lo tendré en cuenta, inspector. ¿Me permite un consejo de médico y casi de anciano?

—Por supuesto.

—Charlotte se repondrá perfectamente en cuestión de pocas fechas y estará en condiciones de ser su esposa cuando ustedes lo decidan. Pero si usted se empeña en excitarse causándose un stress, perseverando en él y provocando un infarto, difícilmente entonces podrá Charlotte Renaud convertirse en su mujer.

Aunque no podía verle, pero en función de aquello de que la veteranía era un grado o de aquello otro que rezaba que el diablo sabía más por viejo que por diablo, el doctor Valery Demange tuvo la certeza de que en aquel instante Jean-Marie Bouvard estaba sonriendo.

Y así era.

—Gracias, doctor, muchas gracias. A las nueve en punto de la mañana, si no hay novedad…

—Que no la habrá —le interrumpió el galeno.

—…Estaré en el hospital.

—Hasta entonces pues.

—¡Adiós, doctor!

Colgó, saliendo de su despacho como una exhalación.

—¡Eh, Prunier! —le gritó a uno de los agentes uniformados que se deleitaban con las viñetas cómico-eróticas de una publicación subidita de tono.

—¿Sí, inspector?

—¿Te han comunicado algo sobre un incendio en Montmartre?

—No. Pero si quiere puedo llamar ahora mismo a la central del servicio de bomberos.

—Es igual —rechazó el joven policía con un elocuente ademán—. ¡Déjalo! Voy a Montmartre con el radio-patrulla 105. Si me llaman del Hôpital Curie, un tal doctor Demange, comunícate en seguida conmigo, ¿eh?

—Oui.. ¡Oiga, inspector!

—¿Sí?

—¿De veras se siente bien?

—Un poco nervioso solamente. Gracias, Prunier.

Media hora después el inspector de la Policía Judicial de París, Jean-Marie Bouvard, se apeaba del coche radio-patrulla frente al número 17 de la rué Barón Gauthey.

Para ser más exactos… de lo que quedaba del edificio, tienda de compra venta de ropas nuevas y usadas, que hasta hacía un par de horas se erguía en el 17 de aquella calle.

Rescoldos de un gigantesco brasero, pequeñas llamitas oscilantes, montones de escombros…

Los bomberos ya habían conseguido reducirlo y dominarlo por lo cual sólo un retén del servicio contra incendios permanecía allí.

Bouvard se acercó al que parecía llevar la voz cantante del grupo de retén, autorizado para ello en función del distintivo que luda en su uniforme.

Tras mostrarle la credencial, inquirió:

—¿Sabe cómo se ha producido?

—El informe oficial no se ha extendido aún, pero parece ser que todo apunta a causas fortuitas.

—¿Han hallado cadáveres?

—Restos de huesos, como si bajo estos cimientos hubiera existido una necrópolis antigua, y el cuerpo de una mujer que parece haber muerto a causa del incendio.

—Dos… dos mujeres —intervino uno de los bomberos.

Jean-Marie se puso como la cera. Y le temblaba la voz al preguntar:

—¿Está seguro de lo que dice, amigo?

—Pronto lo leerá en el informe que nuestra jefatura ha de remitirles. Una de las muertas tenía el cráneo destrozado, puede haber sido a causa del mismo incendio provocando la caída de un objeto pesado sobre su cabeza… pero la otra, ¡hay la otra, mon ami! a ésa, la cabeza se la habían cortado con una

cuchilla de precisión antes de que se declarasen las llamas.

El inspector de la Policía Judicial sintió un vacío en el estómago ante las palabras del bombero y una gran confusión en la mente.

«…A ésa, la cabeza se la habían cortado con una cuchilla de precisión antes de que se declarasen las llamas.»

Aquellas explicaciones traían al pensamiento de Bouvard el recuerdo presente de varios cadáveres decapitados que habían aparecido en los últimos tiempos por las calles de París.

—Gracias… —murmuró con cierto aire de ausencia. Añadiendo—: Leeremos ese informe. ¿Una mujer decapitada en el sótano de la tienda de las hermanas Renaud?

Entonces… ¿Las alucinantes vivencias que le había referido Charlotte acerca de lo que presenciara la noche anterior en el dormitorio de Geraldine, significaban que ésta tenía que ver…?

Renunció a seguir estableciéndose hipótesis que le resultaban casi inmorales, de contenido espeluznante.

Hasta que no hablase con Charlotte era mejor no formular conjeturas.

Regresó a bordo del radio-patrulla para enfilar el camino de vuelta a su despacho.

CAPITULO VII

Las estancias que formaban el cielo tenían las baldosas de las paredes blancas.

Charlotte nunca lo hubiera imaginado.

Pero ahora, tenía ocasión de contemplarlo.

Baldosas blancas, sí.

Y los ángeles, que parecían vestir de paisano para no impresionar excesivamente a la recién llegada, eran muy explosivos y vehementes.

Al menos uno de ellos.

Aquel que estaba cubriendo su rostro de besos al tiempo que murmuraba una y otra vez:

—¡Charlotte, Charlotte…! Ma bien aimée! ¡Amor mío! ¿Sabes quién soy?

—Un… un ángel, ¿no?

—Tú eres el único ángel del mundo, de la vida, del cielo… ¡Charlotte!

Y la alegría rociando con besos dulces, suaves, acariciantes, cosquilleando con sus labios en la piel de su rostro y en la frente.

De pronto, incorporándose lo mismo que si una fuerza invisible, misteriosa, la proyectara hacia delante, gritó:

—¡Jean-Marie…!

—¡Charlotte!

—¡Jean-Marie! ¿De veras eres tú, tú…?

—Sí, amor mío. Yo. Tu Jean-Marie… ¿Cómo te sientes, cariño?

—Lo mismo que en el cielo. ¡Hubiera jurado que estaba en el cielo!

Se colgó con avaricia del cuello del hombre que seguía inclinado hacia ella.

Se mantuvieron unos instantes en silencio hasta que Charlotte Renaud, comenzando a revivir la realidad, estalló en agudo llanto. En un llanto tan histérico como incontenible.

—¡Charlotte, muñeca, cálmate! Todo ha pasado ya,

—¿Y Geraldine? —quiso saber de súbito.

—Muerta. Se abrasó en el incendio.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Jean-Marie! ¡Ha sido horrible, horrible, te lo juro!

—Lo supongo, Charlotte. Pero no se puede hacer nada ya.

—No me entiendes, Jean-Marie.

El policía enarcó las cejas en mudo interrogante.

—¡Era monstruoso lo que había en el sótano! ¡Diabólico!

Bouvard, mordiéndose el labio inferior, con miedo diríase… miedo a provocar según qué vivencias en el pensamiento de Charlotte, preguntó despacio:

—¿Qué… qué es lo que había?

—¡Ataúdes! —detalló—. ¡Muchos ataúdes!

Jean-Marie se quedó estupefacto. Por unos instantes albergó dudas acerca del correcto equilibrio psíquico de su bella y aterrorizada prometida.

Y repitió sin salir de su evidente perplejidad:

—¿Ataúdes…? ¡Eso es absurdo, querida!

—¡No, no, no, no… —repitió una y otra vez el monosílabo como una obsesa, Charlotte—, NO ES ABSURDO! ¡Es… era real! ¡Muchos ataúdes! ¡Y la guillotina!

Al escuchar la palabra «guillotina», Bouvard se puso tenso. Alerta. Como en guardia.

Guillotina podía considerarse sinónimo de… decapitados.

—¿Una guillotina has dicho?

—¡Sí! Y Geraldine le había cortado la cabeza a la mujer que vino con ella anoche! ¡Todo diabólico, Jean-Marie! ¡DIABOLICO!

Puso las manos sobre los hombros de ella, apretándola con suavidad hacia la almohada.

Después le acarició el rostro con infinita dulzura, besando los jugosos labios de la hembra, los ojos, la frente…

—Charlotte, haz un esfuerzo por tranquilizarte y luego, con calma, me lo cuentas todo, ¿eh?

Soltó ella una amarga carcajada.

—¿Con calma..? ¡He perdido la noción de lo que es la calma!

—Inténtalo, te lo suplico.

—Sí… —una pausa. Y luego—: ¿Te acuerdas que ayer por la tarde me fui corriendo de tu despacho porque Geraldine me esperaba?

—Lo recuerdo perfectamente. Tenía que entrevistarse con un saldista para comprarle ropa, ¿no?

—Eso me dijo. Pero luego pensé que era absurdo… ¿Por qué no venía él a la tienda?

—Claro, sí. ¿Por qué no?

—Porque Geraldine me había mentido. Lo de la cita con el saldista era un embuste. Me preocupó… Tuve la íntima sensación de que algo grave iba a suceder. No sé exactamente la razón, o quizá sí… quizá mi inquietud era debida a los horrores presenciados la noche anterior. Estuve muy nerviosa toda la tarde y más que me puse cuando pasadas las diez y media de la noche Geraldine no había regresado todavía. Me fui a la cama pero decidida a permanecer en vela hasta que ella apareciese. El sueño al fin me venció, despertándome violentamente sobresaltada alrededor de las doce… Creí escuchar ruidos, voces… Armándome de valor bajé al sótano en dirección a la estancia prohibida. La puerta estaba abierta y oí a Geraldine hablando con alguien ¡Hablando, qué digo! Pronunciando un cúmulo de aberraciones tan monstruosas, tan diabólicas, que tuve la sensación de haber ido a parar a los abismos de infierno. La otra… una tal Arlette, ¡estaba metida en una guillotina! ¡Oh, Dios mío, qué horror!

Jean Marie, que la escuchaba con atención y asombro, con dudas incluso, le recomendó viéndola excitar se de nuevo:

—Tranquila, Charlotte, por favor. Tranquila…

Tras un lapso de silencio prosiguió entrecortada y a veces incoherentemente el relato, diciéndole que su horror había sido tal, que el pánico la había invadido de tal forma, que no fue capaz de acudir en auxilio de aquella pobre desgraciada… que no pudo reaccionar hasta que la tragedia se consumó, hasta que Geraldine hizo bajar la cuchilla asesina cortándole la cabeza a la tal Arlette.

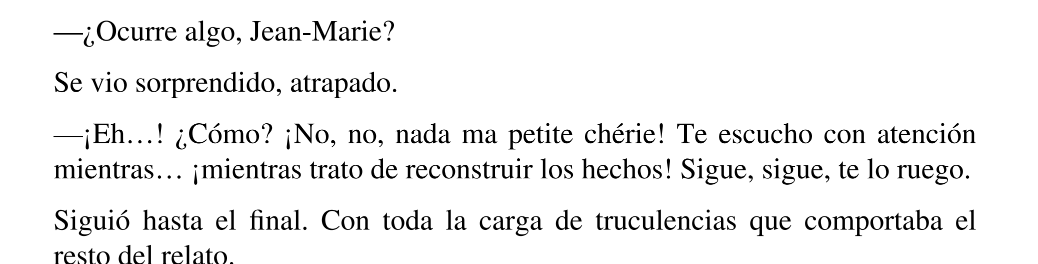
—Mi primer impulso, a causa del terror que estaba viviendo dentro de mí —continuó Charlotte—, fue el de huir. De marcharme lejos. Y eso hice. Pero… un extraño sentimiento de culpabilidad y un morboso hechizo a la vez, me obligaron a regresar. Geraldine… ¡sé que esto te parece imposible, deforme, pero es la realidad Jean-Marie! ¡Es la terrible realidad! Geraldine apretaba contra su regazo la cabeza de Arlette, la acariciaba… ¡le decía algo! Sufrí entonces una crisis nerviosa y comencé a golpear la puerta como una loca.

LOCA… había dicho Charlotte Renaud.

Y Jean-Marie Bouvard no pudo zafarse al quiebro mental que acababa de vincular el vocablo con la persona que lo pronunciaba.

LOCA… ¿Estaba loca Charlotte? ¡No, no podía admitir semejante barbaridad! Los médicos se lo habrían dicho. El doctor Demange, con tacto por supuesto, hubiese abordado aquel tema de existir la posibilidad de…

Ella, que había captado el ensimismamiento del policía, inquirió con



vehemente sobresalto:

—¿Ocurre algo, Jean-Marie?

Se vio sorprendido, atrapado.

—¡Eh…! ¿Cómo? ¡No, no, nada ma petite chérie! Te escucho con atención mientras… ¡mientras trato de reconstruir los hechos! Sigue, sigue, te lo ruego.

Siguió hasta el final. Con toda la carga de truculencias que comportaba el resto del relato.

Sentenciando con infinito pesar:

—Me siento culpable, Jean-Marie.

—Voilá, mon amour! ¿De qué?

—De mi falta de entereza y decisión. Debí haber salvado la vida de esa pobre chica…

—Nadie puede prever su reacción frente a una contingencia de esa magnitud, Charlotte.

No tienes que responsabilizarte de nada…

—De la muerte de Geraldine, sí.

—¡Por Dios, criatura! ¡Ha sido un acto de defensa propia!

—Investigaran, preguntaran… ¿tus compañeros me torturarán con sus preguntas! ¡Y acabaré por volverme loca! ¡Loca!

Otra vez la palabra. El vocablo: LOCA.

Jean-Marie procuró zafarse al impacto. Hizo un esfuerzo para creer que no había escuchado aquello… LOCA.

—Nadie va a preguntarte nada de nada, Charlotte. ¡Nadie!

—¿Cómo tienes esa certeza?

—Hablaré con m'sieu Francois Tedauc, mi inmediato superior. Con él puedo sincerarme abiertamente. Le explicaré lo sucedido y las razones… Le diré también que si no estoy equivocado en ese incendio se ha quemado la solución de un problema que nos preocupaba y el mismo problema con ella… le diré que ya no aparecerá ningún decapitado más en las noches de París. Daremos el incendio como producido por causas fortuitas y se silenciara el cómo de la muerte de Geraldine justificándose con las llamas devastadoras. No se hablará de guillotinas, de ataúdes, de cabezas cortadas, no se mencionara nada de todo eso. ¡Por nuestro amor te lo juro, Charlotte!

—Gracias, Jean-Marie —susurró, incorporándose para besar la masculina boca.

—Charlotte… —murmuró él, despacio, tras el beso.

—Dime.

—Tenemos que casarnos, pequeña. Simplemente porque yo te quiero y tú me quieres. No por otra cosa. Charlotte…, quiero casarme contigo.

—¿Me das un par de días desde que salga del hospital para contestarte?

Una pincelada de contrariedad se dibujó en las joviales facciones del apuesto inspector de la Policía Judicial de París.

Aceptando a regañadientes:

—Bueno… ¡Pero sólo cuarenta y ocho horas! ¿Me das tu palabra?

—Es tan tuya como yo misma.

Se abrió justo entonces la puerta de la habitación para dejar paso a la figura cansada del doctor Valery Demange cuya redonda cabeza estaba cubierta por una mata leonina de blancos cabellos que el anciano galeno, muy al día pese a la edad, llevaba peinados en media melena.

Su expresión era muy afable, bondadosa.

Giró la cabeza para mirar con fingida dureza a la enfermera que lo seguía, y:

—¿Ha autorizado usted a ese mozo, mademoiselle Liselotte, para que se pase tantas horas en compañía de la enferma?

—¡Pero, doctor…! —protestó simulando estar airado Bouvard—, ¡Apenas si hace media hora que…!

—Suficiente, caballero, suficiente —anunció el facultativo—. Ha rebasado en quince minutos los imites que aconseja la prudencia. Debo pedirle que se marche… ¡Eh, vaya, veo a una Charlotte muy sonriente! ¿Será que m'sieu Bouvard obra como un sedante antidepresivo?

—¡Será, doctor, será! —sonrió la bellísima Charlotte, volviendo a estar radiante de nuevo. Agregando—: Acaba de pedirme que me case con él.

—¿Y usted qué le ha dicho, mademoiselle?

—Que debo pensarlo.

—Mon Dieu! —exclamó el anciano doctor como si acabase de oír un monumental despropósito. Regañándola—: ¿Cómo se atreve usted a pensarlo, Charlotte? ¿Es que no sabe que cada día van quedando menos hombres con el suficiente valor para pedir a una mujer en matrimonio?

—¿Tan malo es eso, doctor? —sonrió Charlotte.

—No, no… ¡pero la juventud prefiere unirse! Ya no dices «mi marido» o «mi mujer», no… Ahora dicen «mi compañero», «mi compañera», ¡cómo cambian los tiempos, Señor!

—¿Hasta cuándo ha de permanecer Charlotte en el hospital?

—¡Impaciente este Bouvard, impaciente! —exclamó el médico con el atisbo de una sonrisa en sus labios ajados. Y mordiéndose el inferior, dijo—: Lo dejaremos en setenta y dos horas, ¿le parece bien? Menos tiempo, imposible. Lo prudente es un período de observación superior a los siete días en caso de shocks psíquicos no agudos, pero dado el caso de que tiene usted una prisa loca…

LOCA.

¡Otra vez el maldito vocablo!

Jean-Marie pese a intentar dominarse no pudo ocultar el leve estremecimiento que le producía volver a escuchar… LOCA.

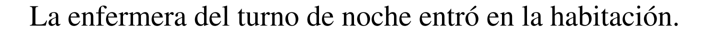
—…Por casarse con ella, y considerando que es un inspector de la Policía Judicial, rebajaremos a tres días. ¿Todos contentos?

Hubieron sonrisas.

Incluso por parte de mademoiselle Liselotte Bauchet a la que no le habría importado nada, casarse allí mismo con el simpático, varonil y guapísimo Jean-Marie. ¡Se veían tan de tarde en tarde hombres como aquél!

Sufrió mucho la pobre Liselotte cuando vio al policía inclinarse sobre la cama para besar apasionado los dulces labios de la enferma.

CAPITULO VIII



La enfermera del turno de noche entró en la habitación.

—¿Cómo te encuentras, muchacha?

—Más calmada creo —respondió Charlotte.

Y al percatarse de que la otra traía una bandeja metálica en la palma de la diestra, quiso saber:

—¿Qué lleva ahí?

Sonrió la mujer, una cuarentona macilenta que resultaba simpática pese a su aspecto de marimandona.

—Pues… ¿no te lo imaginas? Una jeringuilla con cinco centímetros cúbicos de un tranquilizante que te permitirá descansar toda la noche, y una aguja hipodérmica con la que te pincharé el culito. ¿De acuerdo?

No le gustó a Charlotte la forma de decírselo, pero pensó que tampoco había que mosquearse porque la otra intentara tratarla con cariño.

Cuando le puso la inyección se produjo de manera correcta y eso ahuyentó la sombra de duda que por unos instantes había anidado en la mente de Charlotte.

—Y ahora —dijo la enfermera disponiéndose a salir—, sé buena chica y relájate. A poco que pongas de tu parte dormirás toda la noche como un tronquito. ¿Vale?

—Vale.

—Buenas noches, Charlotte. Que descanses.

—Hasta mañana…

Salió la ATS y la enferma estuvo quieta, decúbito supino en el lecho, mirando de un lado a otro de la habitación.

Por el amplio ventanal cubierto por afuera con una persiana de listas rectangulares plegables, penetraban pinceladas de noche, de una noche que se mecía entre sombras al amparo de puntitos brillantes en el cielo y de cuchilladas de luna que a veces se ocultaba entre los nubarrones para asomar de pronto dando testimonio de su presencia en el cosmos.

No pudo Charlotte Renaud escapar a la sugestión, tentación… o necesidad, de repasar con el pensamiento las angustias vividas en las últimas horas. ¡Si alguien le hubiera dicho que todo aquello tenía que suceder… que sucederle a ella!

Después de lo ocurrido, Charlotte jamás podría mostrarse escéptica a los argumentos terroríficos.

Y es que se hacía difícil aún ahora, pensar y admitir que pudiera existir tal cantidad de horrores en el alma de algunos seres, máxime cuando ellos eran algo muy íntimo de una.

El, su padre; Geraldine…

La perturbación psíquica de ambos había alcanzado cotas inimaginables. Y se preguntaba cómo había podido vivir al lado de ambos sin sospechar nada, sin intuir aquel abismo de monstruosidades.

Así pensando, Charlotte experimentó un vivo espasmo de terror cuando supuso que todavía estaba sonando en sus tímpanos aquella amenaza diabólica, aquella fantasmagórica… ¿despedida?

«…Volveremos para torturarte en el brasero de los horrores! ¡Nos vengaremos de ti! ¡NOS VENGAREMOS DE TI, CHARLOTTE!»

No ¡Las venganzas de ultratumba no podían existir!

Eran estupideces de la literatura terrorífica. ¿Estupideces? ¿Podía calificarse de estupidez el hecho de que su padre, muerto seis meses atrás, se levantara del ataúd y hablase con Geraldine… como ella había presenciado? ¿Acaso no le había visto salir de nuevo desde dentro del féretro en aquella estancia diabólica? ¿Y no era su voz la que escuchara pronunciando la terrible amenaza?

Si eso eran estupideces, ella… ¿estaba LOCA? ¿LOCA?

—¡No Dios mío, no! ¡Te lo suplico! ¡No más dolor psíquico! ¡Ayúdame a conciliar el sueño! ¡Por favor!

Se revolvió en el lecho para quedar boca abajo tapándose la nuca con la almohada, enredando sus dedos en la funda, apretándolos, desesperándose…

—¡Tengo que relajarme! —gritó como si alguien pudiera oírla.

Se revolvió una y otra vez entre las sábanas con un nerviosismo que a cada minuto iba en aumento.

Pero la sustancia que le había inyectado la enfermera obró pese a la poca colaboración de Charlotte Renaud en su sistema neurovegetativo, acabando, afortunadamente para ella, por sumirla en un profundo sueño que borró todo residuo de terror y la inestabilidad psíquica que éste conllevaba.

Se durmió.

Despertándose de pronto, no sabía cuánto tiempo después… no tenía en realidad noción del tiempo transcurrido, con la respiración entrecortada, sudando a mares y con una inexplicable sensación de asfixia en pecho y

garganta. ¿Por qué…? ¿Cuál era la causa de su sobresalto, de su miedo?

Abrió mucho sus verdes pupilas que sólo fueron capaces de captar enormes cantidades de oscuridad, anchas pinceladas de negrura. ¿Ruido…? ¿Era un ruido la causa?

Aguzó los tímpanos.

No… ¿O SI? ¿Acaso no acababa de percibir un roce, algo así como un ahogado crujido?

CRUJIDO… crujían las ropas del cadáver de su padre, medio descamado el rostro e infectado de gusanos voraces, cuando corría por el sótano en pos de la salida. ¿Un crujido como aquél, quizá?

Tenía la garganta áspera y el paladar seco, seco de tal forma, que la lengua se le había adherido a él.

Muy despacio, con un pavor tal que casi le hacía transpirar gruesas gotas de terror, se incorporó en la cama llevando el embozo de las sábanas hasta sus labios.

Metiéndolo entre ellos para morder, con crispación excitante, la tela.

Hizo un esfuerzo infrahumano, bestial, para abrir los ojos todavía más.

Pero las órbitas ya habían dado de sí todo lo que podían dar.

TODO.

Todo a su alrededor eran tinieblas, espesas tinieblas, envolventes tinieblas que aumentaban su horror. ¡La luz!

Eso… Echó la diestra atrás buscando el conmutador que estaba situado encima de la cabecera. Pulsándolo…

Y la luz no brilló.

El fluorescente no dejó zigzaguear el fluido para acabar alumbrando por completo la estancia.

No…

Con nerviosismo, desesperación exacerbada, pulsó una y otra vez, y otra, y otra, el botón conmutador. ¿Y si llamaba a la enfermera? ¿Y qué le diría cuando acudiese? ¿Que estaba loca… COMPLETAMENTE LOCA?

Mordió, rabiosa, las sábanas, hasta percibir la rigidez tintineante de sus dientes.

Entonces recibió aquella cuchillada brutal, lacerante, en mitad de sus oídos:

—Te pareces tanto… te pareces tanto a mí, Charlotte.

Tembló.

Contagiándole su temblor a la cama inanimada. ¡Era… ERA LA VOZ DE SU HERMANA! ¿Verdad que somos iguales, Charlotte? Pero yo estoy muerta… y tú viva. ¿Por qué me has matado, Charlotte? ¡Era Geraldine Renaud!

GERALDINE.

—¿Quieres venir conmigo, Charlotte? Se está muy bien… te calentarás siempre en el brasero de los horrores.

La voz se había ido acercando, acercando. ACERCANDO…

Gritó.

Bramó.

Se desesperó:

—¡¡NOOOOOOOOOOOOÜ ¡TU ESTAS MUERTA… MUERTAAAAAAAA!

—¿Lo crees de veras, Charlotte? ¿Piensas que si… QUE ESTOY MUERTA? ¡Mírame!

Tras aquellas palabras que vibraban en el ámbito y echaban sobre la faz de Charlotte Renaud un calor diabólico, un calor tal que las mejillas le ardían como teas… ¡se encendió la luz!

Toda luz del mundo brilló allí, en el interior de aquella habitación, para que los ojos dilatados, brillantes, ciegos a fuerza de querer mirar… captasen la plenitud de aquel lienzo monstruoso.

GERALDINE…

Era ella.

Con el mismo vestido que cubría su cuerpo cuando la noche anterior, Charlotte, descargara el candelabro contra su cabeza.

Con una mueca brutal en la cara, un brillo demoníaco en los ojos y acuñando en sus pupilas la moneda del horror.

—¿Crees que estoy muerta?

Pero había más, algo más… algo aún más siniestro. El enorme cuchillo de amplia hoja reluciente, de acero brillante y agresivo, que Geraldine empuñaba con la diestra doblado el brazo hacia lo alto.

—¡NO PUEDO MAS… NO PUEDOOOOOOOOO!

Geraldine Renaud avanzó hacia su hermana con expresión resuelta como abanderada de la muerte venida desde el más allá, de la sombría región de las tinieblas.

Susurrando:

—Ven… Voy a llevarte conmigo.

—¡¡NOOOOOOOO!!

Y tras el grito saltó de la cama cual posesa en aras de la más completa locura atrapando el jarro de agua que había sobre la mesita de noche para intentar estrellarlo en el rostro de la aparecida.

Tuvo aquella que efectuar un escorzo para eludir el impacto y esos segundos los aprovechó Charlotte para saltar hacia la puerta, abrirla de par en par y salir al pasillo echando a correr por él tropezando con las paredes, enredándose en sus propios pies hasta caer de bruces en tierra sin cesar en su prolongado aullido:

—¡¡SOCORROOOOOOOOOOO!!

CAPITULO IX

Jean-Marie Bouvard, subido en lo alto de la cresta de la excitación pegó un puñetazo en la mesa del médico que hizo temblar ésta y las paredes de la estancia.

—¡Soy yo quien decide ahora, doctor! —gritó. Añadiendo—: Y Charlotte se viene conmigo en este mismo momento.

Vio la mirada del médico y se apresuró a suplicar:

—Perdón… ¡perdón, doctor! Me acabo de comportar como un perfecto grosero.

—Yo le comprendo, Bouvard —aceptó Valery Demange con su proverbial bondad. Repitiendo—: Le comprendo y comparto su opinión… —miró a la muchacha que estaba fuertemente abrazada contra el joven policía, inquiriendo—: ¿Está usted decidida, mademoiselle Renaud?

Movió la morena testa varias veces en sentido afirmativo.

—¡Sí, sí, doctor! Decidida. Me marcho con Jean-Marie…

—Estará un par de días en casa de una tía que vive en Versalles mientras yo acelero los trámites de la boda. Luego partiremos en viaje de novios para pasar cerca de dos meses fuera de Francia.

—Eso último será lo mejor, Jean-Marie. Háganlo cuanto antes…

—¡Por supuesto, doctor!

—Yo voy a prescribirle unos fármacos —anunció el facultativo echando mano de su talonario de recetas— a base de vitamina B que servirán para regular y estabilizar su sistema emocional. Lo demás dependerá de ustedes mismos. Aire, sol, diversión, olvido… ¿Entendidos? —vio cómo ambos afirmaban, agregando—: Espero que usted, Bouvard, se ponga en contacto conmigo para comunicar la evolución de Charlotte… ¡y por supuesto si necesita de mi colaboración médica!

—Así lo haré, doctor Demange. Y gracias por todo.

Se estrecharon las manos.

Dijo el médico a modo de consejo o terapia de despedida:

—Le hará mucho bien, Charlotte, ocupar el tiempo libre, el que haya de pasar sola, en ocupaciones o hobbys que requieren una concentración intelectual, pero compartiéndolos siempre con cualquier actividad deportiva. ¿De acuerdo?

—Sí, sí —le sonrió apagadamente. Diciendo—: Ha sido usted muy bueno conmigo, doctor.

—¡Es que es usted muy guapa, puñetera! —exclamó, bribón, el anciano galeno.

Se despidieron afectuosamente.

Cuarenta y ocho horas después, Jean-Marie Bouvard y Charlotte Renaud, contraían matrimonio en una pequeña capilla gótica de Versalles.

Y aquella misma tarde emprendían viaje de bodas hacia el primer punto de su periplo nupcial: Ginebra.

Mirándose a los ojos al borde del avión que les conducía a la ciudad helvética, susurró Jean-Marie con sus labios muy cerca de aquellos tan carnosos y dulces de ella:

—Prométeme que nunca volveremos a hablar de lo que ha sucedido, Charlotte.

—Si puedo evitarlo…

—¡Tienes que poder, cariño! Has de esforzarte por olvidar. Hazlo al menos por mí si de verdad me quieres.

Los verdes ojos de Charlotte se estrellaron, radiantes, en las pupilas del hombre:

—¿Lo dudas acaso, Jean-Marie?

—Sólo de dos cosas he estado completamente seguro en esta vida, cielo. De mi madre y de tu amor. ¿No he escuchado la promesa, cariño?

Sonrió la boca sensual de ella.

—Prometido.

Besó el policía la boca sensual de ella.

—¡Te adoro, chéri! —musitó, feliz y satisfecha Charlotte, descansando su cabecita en el hombro varonil de Jean-Marie.

Veinte minutos después el avión tomaba tierra en el aeropuerto de Ginebra.

EPILOGO

Jean-Marie había pasado al cuarto de baño y Charlotte, al quedarse momentáneamente sola, evolucionó por el interior de la amplia y confortable habitación, una auténtica suite du luxe, que les había sido asignada en el Hotel Club Méditerranée de Ginebra, primer punto del itinerario que ambos habían programado para su viaje de bodas.

Charlotte no quiso pensar en nada. Mejor dicho, quiso pensar, obsesionarse, en la felicidad que la esperaba desde aquel instante hacia el futuro.

Abrió el pequeño maletín de mano —un necesser de piel color ocre— en el que tenía todas aquellas intimidades que una novia guardaba fuera de la curiosidad de su pareja hasta el último momento.

Instante definitivo.

Lo abrió, con una sonrisa en los labios, sacando varias de las prendas que contenían hasta quedarse entre los dedos de la diestra con un moderno y menguado camisón, excitante camisón, pleno de encanto y picardías, que se puso por encima de la ropa para mirarse al espejo y aprobar seguidamente con un gesto.

Dio una vuelta sobre sí misma con expresión juvenil y alegre en sus bellas facciones, afirmando de nuevo con el gesto, diciéndose a sí misma que aquella prenda era la que mejor realzaría sus encantos en el apasionado y dulce devenir de aquella excitante noche de bodas.

Comenzó a desnudarse.

Retiraba con suavidad el sostén de sus pechos gráciles, pícnicos, que recordaban el tibio y misterioso perfil de una venus del olimpo, los acariciaba instintivamente en un gesto narcisista pero de lógica justificada porque ella imaginaba en aquel instante los mimos que Jean-Marie habría de realizar alrededor de todo su cuerpo, de su carne ardiente y ávida de pasión… haciendo todo eso estaba cuando escuchó descorrerse el pestillo del baño.

—¡No…! —chilló, como una ratita herida—. ¿Puedes esperar un par de minutos, Jean Marie?

La voz de él llegó amortiguada a través del espesor de la madera forrada.

Y le llegó ansiosa, con matices de excitación, pero con dominio de los deseos y pasiones puesto que le oyó decir

—Puedo… ¡Pero no abuses!, ¿eh?

—No, cheri —contestó ella. Insistiendo—: Dos minutos solamente.

Se puso acto seguido aquella prenda transparente, roja, brillante como el fuego, que se detenía en la mitad de sus muslos y flotaba alrededor de todo su cuerpo pleno, exhaustivo, deseable, de pródigos y ardientes encantos, con la misma picardía que si se tratase de una provocadora bolsa de celofán que permitiera ver mucho y tener acceso a poco.

Pasó a sentarse frente al tocador tomando el cepillo de púas para castigar sus largos cabellos azabache, haciéndolos resbalar a todo lo largo por encima de su espalda en la que el camisón jugaba también un pérfido y pícaro descotado.

Al contemplar sus ojos verdes a través de la pulida luna del espejo encerraba en un marco circular, Charlotte no pudo evitar un súbito estremecimiento. Porque en el fondo de sus propias pupilas, en lo más recóndito e íntimo de ellas, creyó adivinar que aún estaban presentes la mayor parte de aquellas irracionales vivencias que en los últimos tiempos la habían perseguido, acosado, sin tregua ni piedad, amenazando con enloquecerla.

Todo estaba, aún, demasiado reciente.

Siguió estirando con el cepillo las hebras sedosas de sus cabellos negros y brillantes pero no consiguió sustraerse a los pensamientos alarmantes, incómodos, que le recordaban la galería de monstruosidades que durante unas fechas fuera tejida alrededor de su equilibrio psíquico.

Un matrimonio y una noche de bodas eran importantes, mucho, en la vida de toda mujer. Pero no suficientes para borrar de un plumazo, rechazándolo desde lo más íntimo de su mente, aquel rosario de horrores, aquel compendio de monstruosidades que la había envuelto, perseguido, acorralado, en función del más grande y cruel de los maquiavélicos que el cerebro humano pudiera concebir.

Olvidar…

Cuando entre dientes pronunciaba para sí aquella palabra, cuando la pronunciaba buscando la seguridad de que debía convencerse de su significado literal, pegaba un tirón más fuerte a los cabellos como si aquel gesto, aquella pequeña rebeldía, le proporcionaba mayor autoridad y absoluta convicción.

Olvidar…

No era tan fácil.

Pero estaba obligada a intentarlo con todas sus fuerzas. Por ella misma en principio, porque podía resultar la más dañada si perseveraba en el recuerdo de escenas trágicas que ya habían pasado a formar parte de la historia, que se perdía en los capítulos del olvido… Mas, si no era lo suficiente egoísta como para hacerlo por ella, estaba obligada, moralmente obligada, a hacerlo por él.

Por aquel Jean-Marie que estaba ahora, condescendiente y atento como era su

costumbre, esperando aquellos dos minutos de reloj para recoger el fruto ardiente del amor, de su amor.

Por él tenía la obligación de hacerlo. Por él que había sido su refugio, consuelo y la única ayuda con la que contara para escapar al diluvio de horrores que desde la bóveda del infierno enviaran contra su persona.

Le amaba, sí… pero el amor tenía que añadir su eterna gratitud, procurando hacerle feliz hasta el fin de sus días. Y para que esa felicidad existiera por entero tenía que olvidarse del pasado para brindarle su entrega total, para darse a él en cuerpo y alma Jean-Marie…

Se sonrió a sí misma ahuecando sus deliciosos morritos como si le estuviera ofreciendo el primer beso.

Escuchó entonces el ruido suave de las bien engrasadas bisagras de la puerta del baño.

Habían transcurrido los dos minutos.

—Jean-Marie… —murmuró con acento ardiente, entrecerrando los párpados.

Y se mantuvo así, inmóvil, muy quieta, esperando las caricias de él, pródigas, atolondradas incluso, alrededor de su boca y espalda. Y después de ella, con los ojos muy cerrados ahora al compás del pensamiento, intuía el torpe moverse de los dedos masculinos por debajo de aquel celofán provocativo, persiguiendo sus pechos de fuego, tintineando encima de sus erectos pezones buscando la excitación…

Pero Jean-Marie no se acercaba.

Eso, la impacientó.

Continuando inmóvil, eso sí. Facilitando la actitud de él, dándole pie a la iniciativa.

Oyó la voz entonces.

La oyó decir

— Te pareces tanto…

Charlotte Renaud sintió la extraña, inquietante sensación, de que todo el vello de su cuerpo se erizaba y no sólo de piel afuera, sino también de piel adentro.

Un cosquilleo de locura corrió por encima de su epidermis lo mismo que un reguero de pólvora produciéndole la incómoda sensación, la angustiosa sensación, de que la sangre se deslizaba por el exterior de sus venas y no por dentro de ellas.

Una broma en aquellas circunstancias habría sido el superlativo de la monstruosidad.

El éxtasis de lo macabro.

No… ¿Entonces?

—Te pareces tanto…

Charlotte no podía volverse.

Las fuerzas acababan de huir veloz, precipitadamente de su cuerpo, y no le quedaban las mínimas que la permitieran romper de cintura encima del taburete en que se encontraba, entrar la espalda hacia la derecha y asomar la cara por el otro lado para mirar, para ver quién y por qué.

En los segundos suspensivos que siguieron a la pronunciación de la frase por segunda vez, Charlotte creyó percibir el hábito dificultoso de una respiración excitada.

Y unos pasos lentos, los pasos de unos pies que se arrastraban lenta, cansinamente por encima de la moqueta.

Vibró, se puso tensa toda ella, y pudo al fin girar la cabeza.

La sangre, ahora, no le corría por dentro ni por fuera de las venas. Porque la dulce Charlotte Renaud estaba segura de haberse quedado sin una sola gota del elixir de la vida en su cuerpo.

Cuando menos se la había helado anticipándole una sensación de muerte.

Muerte… ¡sería la auténtica liberación!

—Te pareces tanto, Charlotte…

—¡A… a quién?

—A Geraldine, a la mujer que yo amaba locamente. A la mujer que yo adoro. Y es tanto mi amor que me he fundido dentro de ella, lo entiendes, ¿verdad? Yo soy Geraldine… YO.

Las pupilas de Charlotte se dilataron hacia las fronteras del horror.

Pese al pánico que la estaba invadiendo y que la hacía temblar como una hoja, la bella muchacha de las pupilas esmeralda se preguntaba para sí con la desesperación de la locura el porqué… le preguntaba a la vida y a los valores supremos que mal había hecho, cuál era su pecado, para recibir semejante castigo, para ser víctima de aquella tortura interminable que la perseguía.

—Yo soy Geraldine, Charlotte… ¿Lo entiendes?

Los globos oculares verdosos parecían haber estallado encima del rostro de JeanMarie… de un Jean-Marie Bouvard cubierto con ropas femeninas, luciendo una larga peluca de color oro y escondidos sus ojos bajo el fulgor de las lentillas de contacto que les conferían una tonalidad de intenso azul-claro.

Con la mano diestra, alzada, asiendo entre sus dedos férreos, tan crispados

que los nudillos le blanqueaban, el mango de un enorme, siniestro y monumental cuchillo de monte cuyo filo escupía brillantes esquirlas mortales.

Mortales, sí.

Porque el estigma de la muerte estaba frunciendo, bruñendo, las ahora retocadas facciones del inspector de la Policía Judicial de París… las facciones de un rostro que nada tenían ya de humanas y sí mucho de demoníacas, brillando en ellas por encima de todo la firme decisión de matar.

La irrevocable decisión de matar.

—Lo entiendes, ¿verdad?

Charlotte movió la cabeza de un lado para otro de forma convulsiva mientras un caudal tumultuoso de lágrimas se agolpaba en el living de sus ojos verdes. Temblaba y negaba.

Negaba y temblaba.

—No… ¡Jean-Marie, por Dios! ¿Tú… por qué tú también, Jean-Marie? Hoy, ahora, no… ¡Voy a volverme loca… locaaaa de verdad! ¡Porque me queréis loca… locaaaaa! ¡Me convertiréis en un monstruo alienado como vosotros! —apretó los labios, se los mordió, mirando la imagen de aquel hombre al que tanto amaba, convertido ahora en algo maligno, con aquellas ropas siniestras, los largos cabellos dorados, su boca pintada horrendamente, el fuego mismo del infierno reflejándose, reverberando en las lentillas que cubrían sus pupilas…—. ¡Señor —alzó Charlotte los ojos hacia arriba, cansados, muertos en vida, suplicantes—, Señor! Si de verdad estás ahí… ¡llévame contigo! ¡Por tu hijo te lo suplico!

Jean-Marie dio entonces un nuevo paso adelante, hacia ella.

Dos…, un tercero y se detuvo mirándola con expresión alienada, como si no la conociera, lo mismo que si Charlotte fuera algo muy distante a él y muy opuesto también.

Dijo, con mirada ardiente y registro infernal, roto, quebrado:

—Estaba locamente enamorado de ella. La adoraba desde las uñas de sus pies hasta las raíces de sus cabellos… era una pasión como jamás había sido capaz de sentir. Algo maravilloso, excelso, sensacional. Pero Geraldine no me correspondía. No podía amarme a mí ni a ningún otro hombre. Era… distinta. Pero yo me conformaba con sentir el calor de sus ojos encima de mi cuerpo o el roce de una de sus manos en mi piel y me extasiaba oyéndola, contemplándola. Le juré que siempre seria su esclavo, su rendido adorador… que sería lo que ella quisiera que fuese. Le entregué mi alma, se lo entregué todo y renuncié a mí mismo. Geraldine me dijo que había que justificar el porqué de mi presencia a su alrededor. «¿Te has fijado en Charlotte?», me preguntó un día.

Jean-Marie había cambiado el tono de su voz al efectuar la pregunta dándole las inflexiones que la propia Geraldine no hubiera mejorado con su genuino registro. Aquella exacta, perfecta imitación, no sólo de la voz sino de los ademanes escenificada por Jean-Marie, convenció a la atribulada, hundida Charlotte, de las condiciones psíquicas de quien pocas horas antes se había convertido en su esposo. Le escuchó, estremecida, seguir

«Sí, sí… —le contesté yo. Añadiendo—: Es una burda imitación tuya, Geraldine.» Pero me convenció de que tú podías ser la causa que justificara mi presencia alrededor y acepté. Tu padre, que siempre me demostró gran cariño y confianza, me habló un día de sus inquietudes artísticas, inquietudes compartidas con fervor por Geraldine y a partir de entonces… decidí ayudarles, colaborar con ellos. Gozando de mi protección nada tenían que temer de la policía ni la policía lograría jamás acercarse a ellos. Tu padre me permitió, incluso, cortarle la cabeza al que luego se habría de convertir en nuestro Napoleón. ¡Ah… qué maravilla de museo! ¡Las perfectas reproducciones de aquellos féretros y la copia exacta, fiel, de quienes los ocupaban en la realidad! ¡Algo supremo! Por eso…

Se crispó lo mismo que si alguien hubiera tirado de los hilos que animaban su dantesca representación, la diabólica escenografía que encarnaba con pasión sin límites, con una fuerza que no parecía ser la suya… se crispó, sí, para fundir el rostro de Charlotte en una mirada de fuego animada por el más ancestral odio.

—¡Por eso te odié a muerte desde el instante que incendiaste la nave del sótano! —gritó con rostro apoplético y con tal expresividad que se obtenía la sensación de que iba a escupir el esqueleto por la boca. Insistiendo—: ¡TE ODIO, TE ODIO, TE ODIO… Y JURE ODIARTE HASTA EL DIA EN QUE TE MATARA! Hasta… hoy. Porque en aquel fuego no sólo habías consumido a la mujer que yo adoraba, aquella por la que vivía y para la que vivía, sino que acababas de condenar a la destrucción el esfuerzo de horas y días, de meses, habían convertido en cenizas la más extraordinaria explosión artística que jamás se haya conocido. ¡Te odié, sí! Porque un instante te había bastado para destruir todo aquello que yo adoraba.

—Jean-Marie… ¡óyeme! ¡Escúchame! Aún estamos a…

—¡CALLA, MALDITA, CALLA! —rugió con expresión posesa, haciendo ademán de abalanzarse contra ella blandiendo la enorme hoja de acero—. ¡CALLA… O! —fue él quien calló, enmudeció en seco. Y luego, alterando por completo su exterioridad agresiva, dijo—: Creí que me volvía loco, loco, al pensar que ya nunca podría volver a verla.

Geraldine… ¡Geraldine de mi vida! Pensé en mi venganza, en cómo castigar tu crueldad.

Lo pensé desde el momento en que tuve que huir precipitadamente del interior

del ataúd para no ser consumido también por las llamas que con tu locura habías alimentado.

Charlotte tuvo la sensación de que acababan de estrellarle una maza brutal, despiadada, en mitad de la frente.

Hasta vibró, como si de veras hubiese recibido el arrollador golpetazo. Articulando, temblorosa, un interrogante:

—¿Tú… tú eras mi padre?

—Yo, sí. Geraldine me caracterizó aquella noche en que tú la oíste hablar con «él» para acabar yendo a la puerta del cuarto. Los dos montamos aquella magnífica escenografía… ¡porque Geraldine era una artista sensacional! Y la noche en que decapitó a Arlene Verly, la noche que en tu locura quemaste el museo, yo estaba dentro del ataúd porque a Geraldine le complacía hablar con él y escuchar sus respuestas. Tuve que huir precipitadamente y ya te lo dije entonces, ¿recuerdas, recuerdas lo que te dije Charlotte?

—Si… —fue un tímido espasmo más que un monosílabo lo que brotó por la entreabierta boca de Charlotte, igual que si le hubiese sido extraído de sus entrañas por instrumentos médicos de cirugía.

—Te dije… —Jean-Marie se enervaba a sí mismo, se excitaba, con los matices e inflexiones de que se servía para enriquecer siniestramente su propia expresividad—, «¡nos vengaremos de ti, Charlotte! ¡Nos vengaremos! ¡Geraldine y yo volveremos para torturarte en el brasero de los horrores! ¡Nos vengaremos!» Y ella volvió…

—Pero eras tú, Jean-Marie. Tú, como ahora. Caracterizado como Geraldine.

Asintió repetidamente. Preguntando:

—¿Verdad que me parezco? ¿Verdad que sí? No tanto como tú, claro… ¿Pero a qué soy igual que Geraldine?

—¡Sí… Igual. Desgraciadamente igual.

—¡NOS VENGAREMOS! —aulló, de pronto, brincando adelante trazando un zigzag criminal con la mano que blandía el acero.

Charlotte pudo saltar atrás en función de un mecanismo intuitivo que la dejó fuera del recorrido del cuchillo. Pero que la hizo tropezar en el borde del lecho y volcarse de espaldas sobre él.

Había pasado los brazos, al revés, por lo alto de su azabache cabeza y una de sus manos, los dedos, se deslizaron de manera accidental por debajo de la almohada corrida que ocupaba la cabecera de la cama.

Y las yemas entraron en contacto con algo frío.

—¡¡NOS VENGAREMOOOOOOOOS!! —volvió a bramar con una

expresión en la que se aunaban con perfecto y perverso equilibrio maldad y locura. Miró hacia un punto perdido de la estancia justo en el instante que echaba el brazo armado atrás, como si buscara algo o a alguien, castigando las propias cuerdas vocales con el tétrico alarido que compusieron—: ¡¡¡GERALDINEEEEEEEEE… NUESTRA VENGANZA HA LLEGADO!!! ¡TU VENGANZA Y LA MIA! ¡PREPARA EL BRASERO DE LOS HORRORES PORQUE VOY A ENVIARLA AL INFIERNO!

Aquel algo frío que habían rozado las yemas de los dedos de Charlotte… frío y duro, era la culata de la pistola de Jean-Marie que, como hacía siempre, la había dejado bajo la almohada.

Notó que los dedos le temblaban cuando en otro de aquellos espasmos que la azotaban, tiró del arma atrapándola con decisión entre aquéllos.

Al tiempo que Jean-Marie Bouvard exclamaba por vez postrera antes de culminar la necesidad a que le impulsaba la simbiosis que en su cerebro componían alienación y diabólica pleitesía:

—¡¡NOS VENGAREMOOOOOOOOOOS!!

Y la chispeante, pulida, azulada hoja de cuchillo plena de reverberantes deformaciones de muerte, bajó como una exhalación.

Descendió rauda.

Buscando hincar la punta encima del camisón rojo, rasgarlo, e introducirse hasta el mango, hasta dejar la carne de ella clavada contra las sábanas y el colchón, por entre la canal rosada que distanciaba sus túrgidos pechos.

Unos pechos que ahora vibraban por una excitación antagónica a la producida por las apetencias sexuales. ¡ZZZZZZZZZZAS!

Bajó.

Y Charlotte Renaud, aquella criatura deliciosa que había sobrevivido a la brutalidad y la locura, a la persuación contumaz, perversamente siniestra de aquellos cerebros demoníacos, dio un medio giro sobre si a la derecha al tiempo que tiraba con la izquierda llevándose la pistola.

Hundió el cañón en la sien de Jean-Marie Bouvard apretando el gatillo ininterrumpidamente.

Hasta que el percutor golpeó en vacío.

Cuando Charlotte estalló en un llanto histérico, convulsivo, arrebujándose en tierra contra la pared, junto a las patas del tocador, buscando meterse dentro de él para obtener protección de no sabía ya qué… cuando eso sucedió y tuvo conciencia de que su camisón se había vuelto mucho más rojo por la gran cantidad de sangre procedente del cuerpo de Jean-Marie que se había acumulado sobre ella, habían transcurrido más de dos horas desde el momento

en que efectuara los disparos.

Hasta entonces, había estado acariciando la destrozada cabeza del inspector de la Policía Judicial de París.

Y seguía susurrando su nombre como no había parado de hacerlo hasta entonces:

—Jean-Marie…

Y a intermitencias, preguntaba con voz que no parecía ser la suya:

—¿De veras me parezco tanto a Geraldine, Jean-Marie?

Cuando al día siguiente los ocupantes de la suite de luxe 1234 del Hotel Club Méditerranée de Ginebra no dieron señales de vida ni pasaron tan siquiera por el comedor, ni permitieron tampoco que la camarera de servicio procediera al arreglo de la habitación, los empleados no le dieron demasiada importancia al hecho porque era algo que se repetía frecuentemente en los viajes de luna de miel.

Pero pasadas cuarenta y ocho horas sí se preocuparon.

Y como nadie atendía las repetidas llamadas telefónicas ni los golpes descargados encima de la puerta de la suite du luxe 1234, se requirió la presencia de la policía para forzar la cerradura, que no era tal, puesto que se utilizaba simplemente la llave maestra, y entrar.

Vieron la gran mancha de sangre coagulada encima de la colcha, traspasando sábanas y llegando seguro al colchón. Vieron el cadáver en tierra, sobre la alfombra, con parte de la cabeza pegada al cuello y el resto fragmentado en el suelo y pegado a la tela de la colcha.

Y le vieron también a la hermosa muchacha de largos cabellos azules y ojos primorosamente verdes, metida dentro de aquella excitante picardía de color rojo, que temblaba convulsamente, que miraba a su alrededor sin ver, que pared a no tener consciencia de la llegada de varias personas a la habitación y que movía los labios en una especie de rezo mecánico, repitiendo una y otra vez:

—¿De veras me parezco tanto a Geraldine, Jean-Marie? ¿De veras me parezco tanto…?

FIN

Notas

[←1]

Joseph-Ignace Guillotin, médico y político francés, propuso desde 1879 la adopción de una máquina que ejecutase rápidamente a los condenados a muerte. El artefacto, adoptado en 1792, pronto fue conocido por el nombre de su inventor.

El cadalso se compone esencialmente de dos montantes alzados sobre maderos colocados en cruz encima del suelo. Entre los dos montantes baja una cuchilla triangular cuya caída se produce pulsando un resorte. El cuerpo de la víctima, fijado sobre una tabla móvil, se coloca debajo de la cuchilla de modo que el cuello quede apresado entre dos tablas, de las cuales la superior es móvil y que, por medio de un hueco semicircular en cada una, forma un agujero (abertura de la guillotina) (N. del A.)